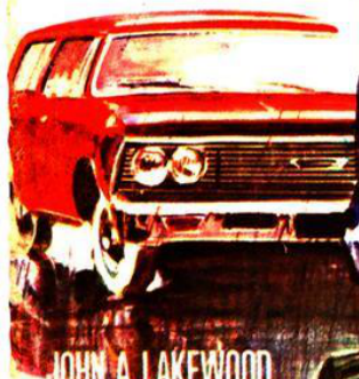


FBI

R

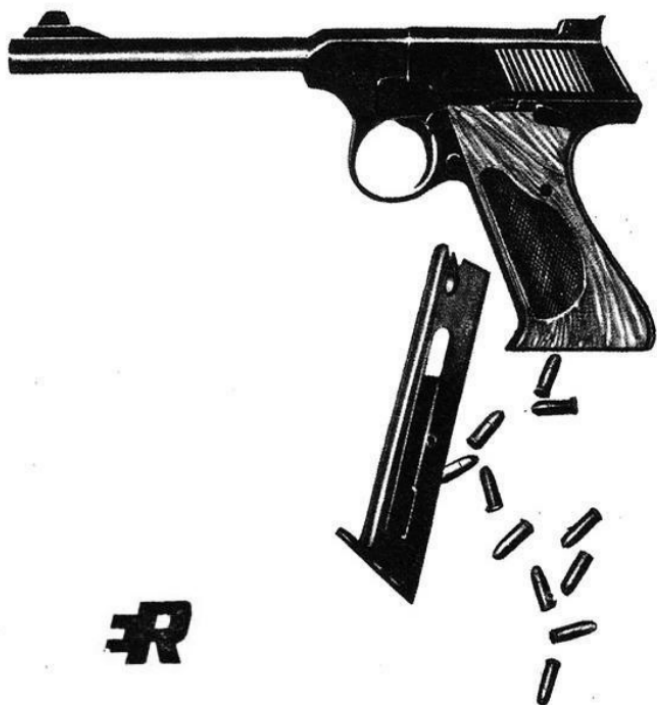


JOHN A. LAKEWOOD

MISSION CANGREJO



1972
MILWAUKEE



R

© John A. Lakewood
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 27.664-1969

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

JOHN A. LAKEWOOD

Misión cangrejo

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Últimas obras de JOHN A. LAKEWOOD publicadas en nuestras colecciones:

Colección F.B.I.:

- Núm. 790.—¡Soy extraordinario!
» 795.—¿Por qué?
» 801.—Una fiera anda suelta.
» 806.—Sobre la ardiente arena.
» 824.—Yo, el gorila.

Colección LOS INTOCABLES:

- Núm. 13.—El ocaso de Al Capone.

Colección AGENTE FEDERAL:

- Núm. 19.—Contrabando humano.
» 28.—El hombre que volvió por su cabeza.

I

EL almirante Wallace Merrivall clava, una vez más, su mirada en mí.

Sé que me valora, que vigila hasta la menor de mis reacciones, que desea saber mis más íntimos pensamientos.

Yo, por dar facilidades, pongo cara de póker. Y no desvío mis pupilas de las suyas, claro está. No quiero que piense que soy un recluta asustadizo, uno de los miles que tiemblan ante sus insignias o las incontables condecoraciones que adornan su guerrera.

El hijo de mi madre, yo, sabe estar siempre en su sitio. También escuchar, que no es cosa sencilla. Escuchar a secas, enterándome, no permanecer a la espera de que el interlocutor calle para meter baza, atento sólo a las ideas propias y con desprecio de las ajenas.

Así sucede casi siempre en el empecatado mundo que vivimos donde, para enseñarnos a ser personas, ha habido que inventar algo tan original como el diálogo y hacer propaganda de la necesidad de que hablemos unos con otros.

Pienso, y lo confieso seriamente, que dialogar es el mejor invento de la era atómica, superior a la conquista del espacio, a las bombas de hidrógeno y a esas porquerías que realizan algunos ingleses en sus laboratorios con la fecundación fuera del vientre materno, que es su sitio, calentito y tal, para la criatura.

El silencio es largo.

Merrivall, que debe ser hijo de una serpiente de cascabel a juzgar por su forma de mirarme, con hipnótica fijeza, está perdiendo lamentablemente el tiempo.

En casi media hora no ha hecho sino significarnos la importancia que el Ejército tiene en la paz del mundo, el gran papel que juega en el equilibrio entre las naciones y la necesidad de una

colaboración plena, a carácter internacional, entre las fuerzas armadas.

Se ve que el almirante es partidario.

Mi jefe inmediato, el comisario Vincent Lubbok —¡ya era hora de que lo ascendiesen después de casi veinte años de inspector!— tuvo una previa entrevista conmigo para recomendarme calma, para que soportara las peroratas de Wallace Merrivall sin interrumpirle.

—El propio Hoover me ha dado órdenes, Robert. ¡No quiero recibir una queja del almirante! Te conozco de sobra y por eso te prevengo. Guárdate tus ingeniosidades para mejor momento. Escuchándole, trabajas.

Yo puse cara de ingenuo.

—¿Se me pagarán horas extras, jefe?

Me mandó al diablo con sus peores modales, que ya es decir.

En la mesa redonda, sin agujero en el centro, estamos yo, el jefe de la Marina, el comisario y dos agentes federales.

Uno es Jimmy Petermann, un gran chico, segundo de su promoción. Ya se sabe que el número uno en toda tierra de garbanzos es para los enchufados. Me estima de veras. Le saqué de algunos apuros y le metí en otros, como debe ser.

Y otro sabueso, en el peor sentido de la palabra, un bicho..., perdón, un agente, también segundo de otra promoción, y aquí no hubo enchufe para el primer puesto, sino que el muchacho no sirve, llamado Hodkin Trintignant.

Es un fulano sin sentido del humor. Les diré por qué.

Iba a casarse con una individua curvilínea de ésas que recetan los médicos a los sargentos senegaleses para hacerles perder su timidez, pongo por pobre ejemplo, y me crucé en su camino, sin malas intenciones, con buenísimas.

Tuve éxito.

Por mi cara bonita, que conste.

No influyó para nada el que le comprase una pulsera que me costó mil dólares, ni mi deportivo «Aston Martin», último modelo, ni que siempre que sacaba dinero para pagar en los mejores sitios de Nueva York le mostrara, como por descuido, un grueso fajo de billetes, ni que mis propinas mínimas cuando iba con ella fuesen de diez dólares, ni que le contara que mi mamá querida, multimillonaria, no permite que mi cuenta corriente tenga un saldo

inferior a los diez mil.

Nada de eso influyó. Palabra.

Sólo mi físico.

Mi belleza varonil.

Le birlé la dama a mi compañero federal, como un auténtico sacrificio, para impedirle el matrimonio.

¡Y en vez de agradecermelo, el muy idiota se puso grosero conmigo! Le vi con ganas de desenfundar su Colt 38 y hacerme unos monos agujeros en el pellejo.

Yo, conciliador, puse peor las cosas al asegurarle que no pensaba casarme con la dama en litigio porque estimaba que entre cansado y casado hay sólo una letra de diferencia. Mi definición de que el matrimonio pone fin a muchas cortas locuras con una larga estupidez le enfureció.

Por fortuna para él, Lubbok me envió a Francia, en misión especial, y estuve allí cerca de un año desarticulando la central de una red de espionaje cuyos agentes operaban en los Estados Unidos.

El paso del tiempo, tal vez la certeza de que nadie sabe lo que gana un hombre cuando pierde una buena mujer, le hicieron olvidarse del incidente.

Sé que sigue guardándome rencor; pero menos.

Salgo de mi ensimismamiento al sentir abrirse una puerta. Entra un camarero con vasos y las inevitables botellas de «Coca-Cola».

Veo en la bandeja, con alivio, una botella de *whisky*.

El que acaba de llegar sirve primero al anfitrión. Como Wallace Merrivall toma

«Coca-Cola»,

mis compañeros se creen en el deber de imitarle. Yo, no.

—Ponme algo así como un triple de *whisky* y déjame la botella cerca.

El camarero obedece en silencio. Es un tipo disciplinado. Producto de la Marina.

Me mira con simpatía. Después, se vuelve al almirante.

—¿Algo más, señor?

—Nada. Puede retirarse.

De nuevo solos, Merrivall se humedece los labios en el oscuro brebaje, propio para quienes tienen la tripa mala, y comienza una

nueva perorata refiriéndose a los secretos de Estado y recomendando absoluta discreción en lo que oigamos. Nada debe trascender.

Utiliza palabras muy bonitas. Se escucha.

Me arreo un latigazo, pongo mis ojos en el almirante y vuelvo a pensar en mis cosas, sin hacerle ya maldito caso. De cuando en cuando asiento con la cabeza para que se imagine que le escucho.

Creo, aprovechando el paso del río Grande por Texas, que debo presentarme.

Soy Robert Baker, agente federal, especialista en imposibles, número uno en todo. En señoras también, como es lógico. ¡Que se lo pregunten a mi inefable Trintignant, el galán burlado!

Fui y soy en todo el primero..., menos en mi promoción. También número dos.

Yo tuve la culpa. Mi trabajo en Quantico fue tan maravilloso que el enchufado de turno nada tenía que hacer.

Lo estropeé en el examen.

Al preguntárseme, como parte de un ejercicio, cuál sería mi reacción ante cinco fulanos, provistos de automáticas, que se negasen a obedecer una orden de arresto, en vez de contestar lo que todos esperaban, lo que figura en los formularios y en los «test» psicológicos, dije:

—Empezaría por hacerles unos bodoques en el esternón con el «ukelele». Después de eso, comerían en mi mano.

El presidente del tribunal, un veterano en el F. B. I.,

soltó un «pluf», simuló un ataque de tos, sacó el pañuelo con el pretexto de sonarse, se cubrió el rostro y empezó a bailar la rumba con los hombros, tan fuerte era su risa, mal contenida.

De los cuatro miembros que formaban la mesa, tres las pasaron negras porque el truco del pañuelo ya estaba usado y no les gustaba repetirse. El cuarto, con úlcera de estómago, me mandó retirarme.

Por fortuna era la última pregunta, la de menos importancia.

Perdí el número uno y no lo siento. Me repugnan los fenómenos de la naturaleza, orejas grandes y cabeza gorda. Me dan asquito los primeros de las promociones.

¡Ah! Mi jefe, el inefable y nunca bien ponderado Vincent Lubbok fue número uno de su curso. Debo confesar que se le nota poco.

—¿Comprendieron bien?

Mis compañeros asienten con el gesto. Yo, por obedecer al comisario y ser cordial con «el orador», soy el único que habla:

—Sí, almirante. Mi abuelita decía que los que se expresan como usted son auténticos pozos de sabiduría, libros de oro.

«El orador» frunce el ceño. Me contempla. Le tiemblan algo las condecoraciones que lleva en el pecho. Entrecruza las manos. Duda si soy un cretino o le tomo el pelo. Opta por decir:

—Lo celebro. Vamos al grano.

«El grano» es el que nos ha salido con este pelmazo. Demóstenes moderno, Cicerón de pacotilla, Sócrates de guardarropía.

Se pierde en mil vericuetos en torno a la política internacional. Para hacerlo todo más breve se remonta a 1914, y desde allí se lanza a disquisiciones que cualquier prójimo conoce, a poco que haya leído un prontuario de historia contemporánea.

Vuelvo a abismarme en mis cosas y pienso en mamá, que pasa la luna de miel en Miami con su quinto marido, el rey de las semillas de girasol... No. Es el rey, o uno de los reyes, de una sustancia que sirve para que reviente y se estrelle la gente en las carreteras. Sí. Tiene grandes plantaciones, verdaderos bosques de los árboles esos de los que se extrae el caucho.

No parece mala persona. Un poco tonto y engréido, como todos a los que quienes les rodean suelen decirles siempre que sí.

El nuevo matrimonio de mamá, una señora sensacional que confiesa cuarenta y dos años, representa treinta y cinco y tiene cincuenta y uno, me sentó como un tiro. Me sometí porque ella, desdichada en sus anteriores experiencias, tiene derecho a la felicidad.

Mamá es tradicional, educada en el protestantismo. ¿En qué secta, que no lo recuerdo? No concibe el amor a un hombre, más que dentro del matrimonio.

Yo la adoro. Es buena. Generosa.

Por eso tuvo mala suerte con sus otros maridos, uno de los cuales acabó en la silla eléctrica. Por fortuna, ése no fue mi padre. Yo tuve por padre a un banquero. Soy hijo del primer matrimonio. Después, ya no hubo descendencia. ¡Caprichos de la naturaleza! Eso del Rh negativo y positivo está organizando unos líos fenomenales. Mamá lo tiene negativo, que es lo raro. Sólo la sangre del banquero

concordaba con la suya.

¿Por qué me entrego a estos absurdos pensamientos? ¿Por qué apuro el *whisky* que me sirvieron y no me conformo con una nueva dosis, sino que lleno el vaso hasta arriba, bajo la mirada reprobatoria de mi jefe y las divertidas de Petermann y Trintignant?

Dije antes que el almirante era un pelma, un pesado, un plomo.

Rectifico.

Es peor que inyectarse un litro de morfina, más inaguantable que una suegra cariñosa, más...

Unos golpes en la puerta de acceso a la sala de conferencias me despiertan. Entra un sargento, se cuadra ante «el orador», y le dice:

—Señor, el capitán Douglas Stevenson.

—¡Que pase!

Estábamos aún en el armisticio, en 1918. ¡Dios bendiga al recién llegado, un ángel de la guarda para nosotros!

—A sus órdenes.

El almirante mira su cronómetro.

—¡Se retrasó cincuenta y cinco segundos!

—Sí. Temí que mi demora en presentarme fuera mayor. Me entretuvo más de lo previsto el secretario de Defensa.

¿Un farol? ¿Dice la verdad este tipo? «El orador» se lo traga, sin embargo.

Nos presenta a Douglas Stevenson y añade:

—Es el jefe de los grupos de acción del Servicio Secreto de la Marina. ¡Siéntese!

Lo hace a la derecha de Merrivall, y sin ningún protocolo enciende una mugrienta cachimba, que huele a rayos.

¿Va a hacérsela tragar al almirante? Parece que no, a juzgar por la expresión de sus pupilas, una expresión regocijada, distinta a la mantenida hasta ahora.

Guarda silencio. ¿Acaso no se acuerda de dónde perdió el hilo de su discurso? ¡Pobre de nosotros si vuelve a remontarse a comienzos de la guerra europea!

Contemplo con ojo crítico a Douglas Stevenson. Tendrá unos cuarenta años. Es más bien bajo y regordete. Calvo. De gruesos carrillos. Su aspecto, en general, es el de un aventajado vendedor de gomas para los paraguas o de clavos con seis cabezas.

Hay dos detalles que me predisponen a su favor. Uno, lo de la

pipa. No pidió permiso al jefe.

El segundo detalle es que lleva la corbata torcida.

Un tipo que viene del despacho del secretario de Defensa y se presenta así en una reunión de las que ahora se llaman «de alto nivel», tiene personalidad.

Sus labios, además, son finos y sonríe casi siempre, con una sonrisa engañosa.

No me extrañaría que me encontrara delante de un hombre de cuerpo entero.

Estoy seguro de que es así.

Y, amigos, yo nunca me equivoqué.

Soy infalible.

Lo único que me pierde es la humildad, pero...

Vuelvo a fijarme en «el orador». Su gesto burlón se ha acentuado. Dice, al fin, dirigiéndose a Stevenson:

—Estos señores —nos señala— han sido tan amables de soportar mis peroratas casi tres cuartos de hora. Lo cierto es que les cité antes de saber la hora de su reunión con el secretario de Defensa, y no pude comunicarme con ellos. He puesto a prueba su paciencia con mis teorías sobre la importancia del Ejército, la necesidad del sigilo en los asuntos de Estado y algo sobre política internacional.

Douglas Stevenson, sin ningún respeto al almirante, silba suavemente.

—¡Pobres! —comenta.

Mi asombro llega al límite al ver que Douglas extiende la diestra y me pide la botella.

¿Dónde va a beber?

Se lleva el frasco a los labios, y parece dormirse en la suerte.

Lo paso en grande viendo la cara de Vincent Lubbock. ¿Cómo imaginar tal relajación en la disciplina?

No llego a contestarme. Oigo unas palabras que minutos antes me parecieron inconcebibles. ¿Nos habrá tomado el pelo «el orador»?

—Resumiré, señores. Primero, por razones que no son del caso, existe la posibilidad de que en breve se efectúe una retirada del ochenta al noventa por ciento de los efectivos militares en Vietnam del Sur. Lo mismo puede suceder en Corea. Segundo, no podemos, pese a esa retirada, abandonar a quienes confiaron en nosotros.

Tercero, ambas cosas, aparentemente, son incompatibles.

Wallace Merrivall habla como una apisonadora. Machaca las palabras y no emplea ninguna que no sea necesaria. Es el auténtico jefe que sabe lo que quiere y lo manifiesta.

—El Alto Estado Mayor, al que represento, decidí: A, dar resuelta esta papeleta al presidente. B, hacer posible lo imposible. Para ello hemos prometido situar una división completa en cualquier punto de Corea o Vietnam en el plazo improrrogable de tres días. Y cinco divisiones más en los quince días siguientes. ¿Cómo? Para el primer caso, con el mayor puente aéreo que se conozca en la historia, incluido el aprovisionamiento de Berlín. Para el segundo, con la utilización de los más rápidos barcos de nuestra Marina. Por si se produce la retirada tendremos listas las unidades en los puertos de embarque. ¿Alguna opinión?

—Ciento sesenta y dos palabras, almirante —respondo—. No se puede decir más de forma tan concreta.

Mi jefe me fulmina con la mirada.

—Lo celebro —es la réplica de Wallace Merrivall—. Se ignora si será preciso hacerlo o no. Hacerlo de veras, me refiero. Depende de las interminables conversaciones de París o de las que se produzcan a continuación. El ensayo será dentro de dos semanas. Si lo conseguimos, nuestros aliados vietnamitas y coreanos se quedarán tranquilos y no presentarán nuevos problemas. Si fracasamos, quizá fracase ésta o las sucesivas conferencias de paz, obligándonos a permanecer indefinidamente en territorios que no son los nuestros, o llegar a un abandono con todas sus consecuencias, lo que tal vez no fuera aconsejable dada la influencia comunista. La prueba se hará con la División aero-transportable, para lo cual se están preparando en un aeropuerto secreto —para ustedes y para mi situado en Los Ángeles, en California— los aparatos necesarios, así como los contingentes de hombres y material. Iremos y volveremos. Tres días para llegar, cuando el secretario de Defensa indique la hora Cero, dos para situar la división en zona de combate, y otros tres para regresar. ¡Es mucho lo que nos jugamos! Hable usted ahora, Stevenson. ¿Me contó las palabras, Baker?

—Ya no es necesario —le contesto—. Si lo desea, lo haré en lo sucesivo.

«El orador», para mí se llamará así siempre, ríe fuerte. Toma la

botella que hay frente a Douglas y bebe. Al terminar, exclama:

—¡Al diablo el hígado y los médicos!

—No es fácil la empresa —comienza Stevenson—. Se están disponiendo los transportes necesarios, preparándose una gran flota aérea integrada principalmente por reactores tipos «Rolls Royce Avon, serie cien», capaz de alcanzar velocidades supersónicas y de arrastrar miles de kilogramos, sin olvido de los «Boeing B-cuarenta y siete» y los gigantescos «Convair Tradevind R-tres-Y-dos». A estos últimos les bastan cinco minutos para el reaprovisionamiento aéreo simultáneo a cargo de cuatro reactores de la Marina. Es un turbo hélice que tiene una envergadura aproximada de cuarenta y cinco metros, y está propulsado por cuatro motores Allison. Su peso, a carga completa, es superior a las ochenta toneladas métricas.

Douglas Stevenson hace una breve pausa. No consulta ni una sola nota. Me gustan los tipos así, eficientes, conocedores de su oficio.

—También usaremos el gigantesco «Hércules Lockheed C-ciento treinta-B». Su extraordinaria capacidad le permite transportar incluso un enorme camión tanque con el combustible preciso para las unidades motorizadas una vez en tierra. Las piezas claves serán los «Douglas C-ciento veinticuatro Globemaster», capaces de llevar en sus vientres tanques «L-treinta y siete» de veinticinco toneladas de peso. Para transporte de tropas son insustituibles, pues tienen el doble de capacidad que el «Hércules Lockheed». Les omito los restantes modelos que utilizaremos.

El capitán Stevenson me mira. Aspira el humo de su nauseabunda cachimba, y dice:

—Tiemblo ante la idea de que Robert Baker me cuente también las palabras, como hizo con el almirante. Por tanto, ya termino. Hay potencias a quienes no interesa el éxito de este alarde de fuerza y eficacia del Ejército de los Estados Unidos. Incluso los Gobiernos de Saigón y Corea del Sur pueden sentirse tentados a enviar saboteadores para que fracasemos y así hacer, al menos de inmediato, imposible la retirada. El Servicio Secreto de la Marina se ha desplegado para impedirlo. Sin embargo, necesitamos de agentes ajenos a nuestra organización, no conocidos en Los Ángeles ni en California, para que actúen con plena independencia y eviten cualquier sabotaje. ¿Me explico?

Tengo una terrible ironía a flor de labios, pero se relaciona con Wallace Merrivall, y no quiero llegar demasiado lejos. Por ello, comedido, diplomático, respondo:

—Me dan ganas de empezar a aplaudirle, hermano.

—Gracias —el «gracias» suena como un trallazo y me hiere los oídos—. Hoover quiso designarnos a cuatro hombres, pero el almirante y yo pedimos que nos permitieran revisar los expedientes personales de los mejores, y les elegimos a ustedes.

—Es un honor —digo.

—De Robert Baker sé que tiene vocación de payaso, pero que jamás ha fracasado. Fue inspector en dos ocasiones, y otras tantas le degradaron por indisciplina, brutalidad y otras buenas cualidades que omito —no me dejan responderle a mi aire, acordarme de sus ascendientes, si los conoce, que lo dudo. Eso de «payaso» se lo va a tragar junto con un cacto del tamaño de cualquiera de las Pirámides de Egipto—. De Hodgkin Trintignant, menos levantisco que el ingenioso Baker, puedo decir que es de una eficacia demoledora. Jimmy Petermann es el tercero del equipo que capitanea el comisario Lubbok. ¡Los más famosos en el

F. B. I.!

No concibo cómo, exceptuando a Lubbok, ninguno fue número uno en su promoción y todos alcanzaron un segundo puesto.

—Los gallitos oficiales de cada curso se reclutaron y se reclutan entre los tipos con recomendaciones, entre los incapaces de subirse a las barbas de los superiores, si llega el caso. Estoy seguro de que usted fue número uno en su Academia.

Espero una dura réplica. No se produce. Es Wallace Merrivall quien interviene:

—El capitán abandonó el Ejército, en el que ingresó como soldado, al firmarse la paz. Se le parece, Baker. Yo le rogué que se hiciese cargo del trabajo que ahora tiene. Estuvo a mis órdenes en la campaña del Pacífico. De haber continuado en el Ejército sería ya almirante. No les haré su historial, pero usted —me señala— tiene mucho que aprender de él en todo. ¡No se fíe de su aspecto inofensivo! Le he visto destripar a seis japoneses armados de ametralladoras con sólo una bayoneta. Parece grueso, pero no se le enfrente. ¡Es rápido como un rayo y venenoso como una cobra!

—Me abrumba con sus elogios, señor —responde irónico

Stevenson—. Las cobras se sentirían ofendidas si le oyeran.

Es feroz el sarcasmo del que, lo repito, parece un vendedor de gomas para paraguas. Le miro con esa ternura que pondría un cocodrilo adulto al que unos cazadores le birlaran su cocodrila del alma en sus propios colmillos.

—Tal vez tengamos ocasión de contrastarnos en un futuro —digo—. ¡Me divierten los asusta niños!

—A mí también.

Nos sonreímos.

Advierto que el almirante y Vincent Lubbok se divierten como cosacos.

Huelo la acción y casi ya a pólvora.

El Servicio Secreto de la Marina no ha recabado el auxilio del F. B. I.,

para un baile de disfraces, sino para un rigodón de sangre y de muertos.

¡Con lo que me gustan los fiambres a la plancha, voy a pasarlo bomba!

Me apodero de la botella, de lo poco que dejaron los angelicales Wallace Merrivall y Douglas Stevenson, y la liquido. Después, miró a mi jefe directo.

¿Por qué me parece adivinar sorna en su cara? Lo comprendo casi en el acto al oír:

—Tomarás el mando, Robert. Yo permaneceré en Washington dispuesto a intervenir si me lo pides. Jimmy Petermann y Hodgkin Trintignant serán tus esclavos. Es decir, te guardarán la espalda para que nadie te liquide a traición, y te obedecerán como dos querubes. Les he prohibido tomar iniciativas. La responsabilidad es tuya. Si sales bien de este lío y no organizas conflictos en los que tenga que intervenir el presidente, serás promovido a inspector por tercera vez. ¿De acuerdo?

No me gustan las palabras de Lubbok. Me le encaro.

—¿Otra vez voy a sacarte las castañas del fuego, comisario?

—No. Otra vez vas a cumplir mis órdenes. Eso es todo. Si no te parece bien puedo encargar del mando a Trintignant o a Petermann, y tú quedarte reducido a simple, simplísimo comparsa. Quizá fuera lo mejor.

Estallo:

—¡Tú sabes que no! Por eso me designaste. Ellos son eficaces, pero no me llegan a... —Iba a decir a los zancajos, pero corrijo. Son buenos chicos —va... al tupé. ¡De acuerdo! ¡Quiero detalles!

—Por mi parte —me responde Vincent—, carta blanca, talonarios de cheques en blanco y libertad absoluta... hasta para no ponerte en contacto conmigo, si te da náuseas hacerlo. De lo que resta te informará el capitán Stevenson, tu cordial colaborador.

Da gusto con jefes así. Se lo digo, y agregó:

—¿No olvidas algo? Si fracaso...

Me interrumpe, con sus mejores modales:

—¡No puedes fracasar, genio, o te trituraremos entre la Marina y el

F. B. I.!

Si necesitas más hombres, pídelos. Si quieres que te entreguemos un batallón de Infantería o un par de bombas atómicas, también lo tendrás. ¡Todo! Hay en juego millones de dólares y miles de vidas. El almirante y Stevenson te eligieron como cabeza. Uno tiene que mandar. Por encima de jerarquías, te tocó. Permaneceré aquí dispuesto a cubrirte y a conseguirte lo que sea preciso. Ése es, por ahora, mi trabajo. El de tus compañeros, actuar a tus órdenes. ¡Una oportunidad única para un tipo único! ¿De acuerdo?

Me encorvo psicológicamente. Es para ello. Comprendo que no se me hace ningún regalo, y trago saliva, casi mil litros, antes de responder:

—¿Me queda otra solución?

—En lógica, no, salvo negarte porque no te consideres capaz. ¡Y me consta que eso no lo harás!

No. No lo haré. Mi maldito orgullo terminará perdiéndome.

Voy a decir algo, pero suena el teléfono. El almirante se anticipa a todos y descuelga el micro. Le oímos decir:

—Sí. Soy yo. Escucho.

Le observamos. Su rostro, de palo hasta ahora, se altera. Enrojece. Se pone pálido.

Sus dedos se crispan en torno al audífono. Masculla:

—Sí... Sí... ¡Malditos incapaces! ¡Salgo para allá ahora mismo!

Cuelga.

Son resistentes estos aparatos, en apariencia frágiles. Dos piezas de acero se hubiesen roto, tan fuerte es el golpe.

Permanecemos callados, con la mirada fija en Wallace Merrivall, quien, al fin, luego de una breve pausa, tal vez para serenarse y no escandalizarnos con sus palabrotas, se me encara:

—¡Mal empieza, inspector! Acaban de notificarme desde Los Ángeles que se ha producido un sabotaje en los talleres. Estallaron dos explosivos de gran potencia, destrozando numerosas piezas de repuesto y parte del utillaje previsto para ser colocado en los aviones y hacer más viable el transporte.

—¿Hubo víctimas? —inquire Stevenson.

—No. Aprovecharon que la nave estaba desierta por haber finalizado un turno de trabajo y estar comiendo los del turno siguiente.

Adivino alivio en la expresión del hombre. ¿Será humano?

—¿Detenidos? —vuelve a inquirir el capitán.

—Nadie, y, lo que es peor..., ¡todos sospechosos!

—Buena perspectiva —comento.

—Sí, inspector.

La primera vez pensé que se equivocaba. Ahora sé que otorgándome el ascenso me da a entender con claridad que no puedo permitirme el lujo de un fracaso.

—Les dejo, señores. Douglas Stevenson les facilitará los detalles que le pidan. No le deseo suerte. Eso sólo se le dice a los tontos, Baker. ¡Estando en contacto diario si fuere preciso!

Me tiende la mano. Se la estrecho.

El almirante aprieta. Se esfuerza por esbozar una sonrisa, y le sale un gesto extraño parecido al de los últimos segundos de un prójimo al que le dieran garrote vil.

No habla más. Ni siquiera se despide del comisario Lubbok.

Hace un gesto con la diestra, que igual puede ser un ademán afectuoso que una amenaza de muerte, y sale.

—Encantadora criatura —exclamo.

—Sí —responde Stevenson—, pero es el mejor hombre, el más humano, el más valiente y el más honesto del mundo.

Nadie le responde.

Yo tampoco.

Que se hable así de un superior, me gusta. Dice mucho en favor del que emite el juicio.

El capitán abre su cartera de piel, saca cuatro carpetas y nos

entrega una a cada uno.

—Aquí están los detalles que pueden serles útiles. Personalmente redacté esos resúmenes. Se tarda en leer el informe treinta y dos minutos. Con el permiso de ustedes aprovecharé ese tiempo para echar una cabezada. Llevo tres días y cuatro noches sin dormir. Despiértense cuando acaben. Mi mujer dice que ronco. Me dirán si es cierto o no. Tengo curiosidad por saber si ella se aprovecha de que en ese aspecto no puedo desmentirla.

Se incorpora. Va a un sillón de cuero del tresillo que hay junto a un gran ventanal y se deja caer en él.

Aún parece que no terminó de sentarse y ya respira profunda, acompasadamente.

Nos miramos los cuatro.

—Un tipo curioso —comenta Petermann.

—Sí. Parece que vale lo que pesa —responde Trintignant.

Yo gruño algo ininteligible y soy el primero en abrir mi carpeta, dispuesto a trabajar.

El primer ronquido me sorprende. Parece que ruge un león y que luego alguien silba para llamarle.

—Si duerme siempre así, es motivo de divorcio —comenta Lubbok.

—No creo que haya una mujer tan estúpida como para separarse de un individuo como Douglas por resoplido más o menos.

—Estoy contigo, Robert, y me gusta oírtelo decir.

De saber que esas iban a ser las palabras de Lubbok, me hubiera callado. No me gusta que mis jefes me den la razón. Eso indica que me comporto como un pollo sensato, y la insensatez es mi norma.

Los informes que contiene la carpeta son de gran interés. Noto una punzada en el estómago conforme los estudio.

Aceptando el caso, con plena responsabilidad, acabo de meterme solo, sin armas, desnudito y tal, en una guarida de tigres de Bengala en maridaje con un millón de cobras de la India.

Sudo.

Hace calor. Es cierto. Pero...

Sudo.

¿Me entienden, amigos?

II

RECIBIREIS pronto noticias mías. En el avión, no nos conoceremos. ¿De acuerdo? Petermann y Trintignant asintieron bajo la burlona mirada de Vincent Lubbok.

¿Qué es lo que divierte tanto a mi jefe? ¿La posibilidad de que me estelle? No. Mi fracaso sería el suyo y el de la Oficina Federal de Investigación. ¿Qué, entonces?

No le manifiesto mi curiosidad, pero me prevengo cara al futuro. ¿Contra qué y contra quién? Lo ignoro.

Ya en la calle, tomo un taxi, que me conduce al aeropuerto.

No hago equipaje.

Compraré en San Francisco lo que necesite por cuenta del Gobierno. Va a costarle a la administración un ojo de la cara eso de los cheques en blanco y demás zarandajas.

Llevo una cartera de mano con el «*dossier*» del que me hiciera entrega el inefable Douglas Stevenson y el cepillo de dientes, el único adminículo que no puede faltarle jamás a un caballero.

Tengo mi billete para el vuelo número once, en clase de lujo. ¡La Marina no escatima gastos! También hay en la carpeta un sobre con dos mil dólares y un talonario.

Pese a que el tráfico es endemoniado, tenemos suerte. No nos sorprende ningún atasco, y llegamos pronto al aeropuerto, en el que nos separamos.

Miro mi reloj. Me sobra media hora justa.

Voy hacia el bar, una «babel» vociferante. Me acodo en el mostrador, y un camarero de pelo largo, andar ondulante y facciones flácidas se me acerca.

—¿Le sirvo, señor?

Es un tipo equívoco. Su madre, a lo largo de la gestación, debió

desear con avidez que su retoño fuese niña, y le nació hombre. Bueno, a la vista de los resultados, eso de hombre es un decir de lo más ingenuo.

Como me contempla acariciadoramente y me parpadea más de la cuenta, le respondo, cordial:

—Tú a mí no me sirves para nada, machote. Ponme un doble de *whisky* sin hielo ni agua.

Frunce el ceño. Su gesto me recuerda a una amiga íntima, muy femenina, cuando se enfadaba.

Le contemplo amistoso y no se atreve a decir ni pío.

Se aleja.

Le veo contonearse y me acuerdo de su padre, en el buen sentido, se entiende. ¡Lo que debió sufrir el pobre al comprobar el triste fruto de sus amores!

Trae un vaso y una botella. Vierte el licor, inquiere:

—¿Le pongo una guindita?

—¡Me pones enfermo, guapetón!

No sabe si agradecérmelo o enfadarse, pero lo de guapetón acaba por imponerse.

Dejo un billete en el mostrador, y agrego:

—Quédate con la vuelta.

Lo interpreta mal. Lo noto por cómo suspira. Aclaro equívocos en un alarde de diplomacia:

¡No tocaría ni un millón de dólares después de haberlo hecho tú! ¡Todo lo infectas! ¿Por qué no te vas voluntario a Corea para que la Infantería de Marina te haga la manicura con una bayoneta? ¡Largo al otro extremo del mostrador, o voy a vomitar de asco!

Como por descuido llevo hacia atrás la parte izquierda de la americana, y le permito que vea por unos segundos la culata del Colt 38.

Iba a decir algo. Se calla.

Imagino que por mi sonrisa de hiena parezco más un «gángster» que un representante de la Ley.

Se aleja, sin líos. ¡No tengo tiempo para hacerle tragar las «perlas de sus dientes» a este ma... mamarracho con pantalones por casualidad!

Noto algo a mi izquierda. Un perfume. Una presencia.

Me vuelvo.

Muy cerca de mí, a unas pocas pulgadas, hay una señora...

Bueno.

¿Cómo describirla con exactitud y brevedad?

¿Una real hembra?

¿Una dama de antología?

¡Pobres conceptos!

Es...

¡Un Etna en erupción!

¡Un sarpullido en la piel del prójimo, yo ahora, que la mira!

¡Un no va más!

Y me quedo corto.

(Cuando le entregué estas notas al retrasado mental de mi biógrafo John A. Lakewood, me miró con sorna. ¡El pobrecillo, ratón de biblioteca, no tuvo la suerte de conocerla!).

¡Una dama con todas las cosas, y qué cosas, en su sitio!

Quizá la encuentre más estallante, más hermosa, más, más, más, a causa del contraste con el tipejo del mostrador, monstruo de la naturaleza, carne de campo de concentración, basura de la sociedad moderna.

Con el vaso en la diestra me aproximo a la mujer, que está sola, y acaba de pedir una ginebra con agua.

—¿Esperas a tu abuelita para que te guarde, tesoro? Yo soy Aladino, el de la lámpara maravillosa.

No se inmuta. Me responde, sin sonreír:

—¿Por qué no uno de los cuarenta ladrones de Alí Babá?

—¿Qué tengo que robarte para quedar bien y que te salgas con la tuya?

Me reprocho íntimamente mi timidez. ¡Si fuese un tipo con labia y desparramo en vez de un infeliz gacelo!

Me mide de arriba abajo. Pese a mi modestia, estoy tranquilo. De esos exámenes salgo siempre con matrícula de honor.

—¡Roba un coche y lárgate! ¡Me molestan los pelmazos!

No me inmuta.

—¿De qué marca?

—¡Un «Ford» de principios de siglo! ¡No mereces otra cosa!

Es la segunda vez que me tutea.

Se acelera mi pulso.

—No hay nada como los buenos modales —comento—. ¿Vas o

vienes?

—Estoy.

¡Brava locuacidad!

—¡Y cómo estás, ricura! ¡Como un tren! Quisiera ser jefe de estación para cambiarte a mi vía y tardar mil siglos en darte la salida. Supongo que serás huérfana.

—¿Por qué?

Mi táctica da fruto. Intriga a una mujer, despierta su curiosidad, y lo demás será sencillo.

—Papi y mami reventarían de orgullo al verte, monada. Tal vez se encuentren algún día sus pedazos en cualquier planeta, fuera del sistema solar, desde luego.

—¡Chistoso!

Me vuelve la espalda.

Tomo un *whisky* y hago una seña al camarero más próximo, que, ¡maldita sea!, es el tipín del flequillo y los vaivenes.

—¡Llena! —le ordeno. Malévolo, le señalo al monumento nacional que acaba de tomar su vaso de ginebra en la diestra—. ¿Te gusta, rey de la casa?

Se me encara por vez primera, venenosas las facciones.

—¿Qué le ocurre conmigo?

—¡Que me gustas, cachorrín lindo! Encampánate como un hombrecito. Así me darás un buen pretexto para pelarte al cero.

Recuerda la pistola. Se muerde sus regordetes labios, y la monada de criatura coge una botella de una estantería que hay a su espalda.

¿Va a Intentar rompérmela en la cabeza?

No. Se somete.

Echo otro billete sobre el mostrador y señalo a la dama.

—Cobra también lo de esa señora. La vuelta te la gastas en cosméticos.

Toma el dinero y se apresura a alejarse.

Veo que mi desconocida querube se esfuerza en contener la risa, y la animo.

—¡Vamos! ¡Atrévete a reírte! Quiero ver cómo lo haces.

Una voz metálica, a través de los altavoces, anuncia mi vuelo a San Francisco.

Ella se vuelve y me mira.

—¿Vas en ese avión? —me pregunta.

Mi largo discurso afirmativo suena como un pistoletazo. Llevo años sin encontrarme a nadie como la fémina que me mira. Comprendo ahora por qué mi mamá asegura que el día menos pensado una mujer se cruzará en mi camino y me obligará a sentar la cabeza.

—¡Lástima! —responde—. ¡Me eres simpático!

—¿Por qué no me acompañas?

—Eso mismo iba a pedirte yo a ti. Me gusta que los hombres renuncien a cosas como señal de que les gusto. Voy a pasar unas semanas en Washington. Quédate, y quizá veamos amanecer juntos.

Se me ha acercado mucho.

¡Mucho!

Casi me roza con su cuerpo.

El tipo del altavoz da un segundo aviso.

Pienso que Fidelidad, Bravura e Integridad son tres vallas que no puedo saltarme como un caballo loco.

Pienso en el almirante Merrivall, en el capitán Stevenson, en mi jefe Lubbok.

Pienso en la paz del mundo, en los muchachotes de veras que mueren en Vietnam. En las madres, las esposas y las novias que lloran y se visten efe negro.

Pienso que no me pertenezco, que debo cumplir con mi deber.

Pienso en todo eso, pero ella me electriza.

—Me llamo Eva. ¿Y tú?

—El burro del paraíso, preciosa, si no consigo que me acompañes. Llevo la cartera repleta de dólares. Puedo hasta comprarte un visón. Ven conmigo a San Francisco y seremos uno en dos, como en las novelas románticas.

—¿Tan importante es lo que te lleva allí que no lo cambias por mi persona? Tienes ya el ciento uno por ciento del camino andado. Lo que falta es poco, ¿no crees?

Advierto su plena proximidad.

Me separo.

Sus ojos son profundos, como dos precipicios en los que desearía caer. Sus labios, rojos como hogueras en las que me gustaría abrasarme. Su piel debe ser suave, como el bálsamo que mi mamá me daba de chiquitín para que no me escociera. Su nariz vibra

levemente, y toda ella es como una escultura que los mejores artistas de todos los tiempos cincelaran.

Me dan el tercer aviso.

¡Este toro me le echarán al corral!

—Lo siento, encanto. No puedo perder el avión.

Se encoge de hombros. Sus pupilas se empequeñecen antes de soltarme.

—Creo que no sólo el camarero es como es... ¡Hay que ver cómo engañan las apariencias!

El camarero, que está cerca, la goza. Le lanzo una mirada asesina, pero...

Los minutos son implacables.

Si contesto a la fémina a mi aire, si le parto la cara al tipejo que se divierte a mi costa, perderé el vuelo.

¡Y eso no puede sucederme!

¿Cómo demostrarle a Eva en treinta segundos que soy un Adán capaz de comerse la serpiente?

La atraigo hacia mí, aplasto mis labios en los suyos, la beso con largueza, durmiéndome en la suerte, recreándome, poniendo en lo que hago mis siete sentidos y...

Me aparto con brusquedad y emprendo la huida. Corro hacia la puerta B, que es la mía.

Desde ella veo que los últimos de la fila de pasajeros suben al reactor, bajo la sonriente mirada de una azafata que en otra ocasión me habría parecido sensacional, pero que es una pobre chica de pueblo comparada con la que dejé en el mostrador del bar, y llego hasta el maldito avión, en el que penetro con una taquicardia espantosa.

Porque, queridos amigos, ella no sólo no se resistió a mí, sino que me hizo una demostración de lo mucho que me pierdo alejándome.

¡Malditas damas frivolas! ¡Serán mi ruina!

De las otras señoras no hablo porque soy hijo y porque respeto a las mujeres honestas, que son las que más abundan, por fortuna para el género humano. ¡Ni féminas como la que acabo de perderme ni hombres como yo hacen patria, en el sentido de normalidad amorosa, se entiende!

Imagino la cara de guasa de John A. Lakewood cuando leyera

esto. Me marche para no darle un masaje facial que me hubiera hecho romper con él y perderme al que me inmortalice en letra impresa.

Como los antiguos monarcas Darío, Alejandro Magno y demás Infelices, yo también tengo mi historiador particular.

Me siento y me sosiego en parte.

Celebro que no me haya acompañado. ¿Qué iba a hacer con ella en San Francisco si todo mi tiempo, y más que tuviere, estará consagrado al servicio de la Ley?

Nunca me ocurrió nada igual. ¡Jamás!

Las señoras, a las que reverencio, han sido para mi pasiones ocasionales. No recuerdo que ninguna de ellas me hiciera vacilar en el cumplimiento de mis deberes.

Tomo una revista de la rejilla delantera y comienzo a Intentar leerla.

Lo primero que veo es una foto de unas danzarinas árabes con el más mínimo-mínimo de ropa que imaginarse pueda, en posturas incitantes.

¡Me encrespo!

¡Y aún reprochamos a la juventud su deshonestidad cuando hay un comercio ejercido por adultos, por los mismos que se rasgan las vestiduras, que no hacen más que incitarles a todo tipo de desórdenes!

La sociedad de consumo en la que nos desenvolvemos es la incitadora en gran parte de la delincuencia juvenil.

Paso la página.

Hay un anuncio de artículos deportivos para alta montaña. Los presentan señoritas en «bikini», rodeadas de nieve por todas partes y de tela casi por ninguna.

¡Empiezo bien mi trabajo!

Me abstraigo tanto en mis ingratas ideas que me sobresalta la voz de la azafata, bien modulada:

—Por favor, el cinturón. Vamos a despegar.

No la miro y obedezco. ¡Así estoy de impresionado por la Eva de antología de la que hube de separarme!

Hodgkin Trintignant y Jimmy Petermann se hallan en los asientos delanteros del avión, muy separados de mí.

Paso revista a los sucesos del día mientras el aparato rueda por

la pista auxiliar, en busca de la de despegue, y algo no me gusta. ¿Qué? No puedo decirlo porque lo ignoro, pero una cosa no encaja. Lo que hace falta es que lo averigüe antes de que sea tarde.

Mis siete sentidos trabajan a fondo, y...

Bueno. Creo que debo explicarme.

Todos los prójimos normales tienen cinco sentidos. Yo, dos más. Uno, que se relaciona con oler el peligro para anticiparme a mis enemigos, intuir lo que nadie sospecha. A él debo tener la piel casi intacta. Digo «casi» porque ya me la remendaren para curarme heridas de bala. Otro, el que se refiere a las señoras. ¡Soy único en ese aspecto para valorar a las que valen la pena!

Vuelvo a abstraerme. El trabajo que me aguarda es duro y habré de improvisar sobre la marcha por falta de tiempo, de pistas y datos concretos.

En la carpeta de que me hizo entrega Douglas Stevenson hay gran cantidad de datos técnicos, exposición de hechos y razonamientos sobre la importancia de llevar a feliz término la «Misión Cangrejo», como se la denomina, quizá porque retirar las fuerzas americanas de Vietnam y de Corea significa un retroceso con posibilidad de avance lo que se llama andar hacia atrás y hacia adelante sin perder, la cara a los problemas, tanto en lo político como en lo militar.

¿Pistas? ¿Sospechosos? ¿Planes de actuación? La voluminosa carpeta no contiene ni uno solo.

Ya está el reactor en el aire. Lo advierto por el rítmico ronroneo de los motores.

Me quito el cinturón, giro levemente el torso para acomodarme mejor y... ¡me quedo de piedra de piedra preciosa, se entiende, no de vulgar cascote!

Al otro lado del pasillo, en el asiento inmediatamente posterior al mío, veo unas pantorrillas que identifico. Las dos columnas del templo derribado por Sansón para cargarse a los filisteos, después de la tomadura y corte de pelo a cargo de Dalila son una fruslería comparadas con las que veo. Mi séptimo sentido me grita el nombre de la propietaria de tan bellos pedúnculos.

No levanto los ojos y recupero mi posición normal mientras en el pecho una visee, a vital me hace «tom-tom-tom» con mayor violencia de la acostumbrada.

¡Buena la hice invitándola a acompañarme a San Francisco! ¿Cómo voy a ocuparme de ella entre saboteadores y espías, con el contrapunto mis dos compañeros federales, el almirante Merrivall y el angelical Douglas Stevenson?

Me llamo imbécil, me reprocho mi excesiva afición a las señoras —¡la carne es débil!—, y me decido a afrontar el problema... que yo mismo me he creado.

Me incorpore y miro a Eva, que me sonrío provocativa.

¿Tenía la falda así de subida o me está dando marcha, como decimos los flamencos?

Lo cierto es que las «minis» esas que inventaron las rubias hijas de Albión son trajes largos con lo que se muestra.

Hay un asiento vacío a la izquierda de la dama y me acomodo en él a la par que exclamo.

—¡Hola, preciosidad!

—¡Hola! ¿Muy sorprendido?

—No —respondo, cínico, para delimitar bien los terrenos desde el primer momento—. Me miro al espejo todos los días al peinarme y sé lo que valgo para extrañarme de que las señoras acudan a mí como las moscas a la miel, pongo por dulce símil.

—Muy modesto —se burla.

—Más de lo que imaginas. Debería haber dicho que estoy acostumbrado a que las féminas hagan cola para verme, peguen alaridos por mí y se desmelenen, pero soy humildote.

Ríe. Su dentadura es perfecta. Me pongo cursi en lo íntimo, procurando que no se me note, y plagio al clásico al decirle que su boca es un corazón partido en campo de marfil.

—Tenía billete para este avión. Voy a Hollywood.

—¿A provocar suicidios de las estrellas mejor dotadas anatómicamente? ¡Vas a ser allí una revolución, encanto!

Le gusta cómo le hablo. No sabe que acaba de quitarme un gran peso de encima.

Si en un futuro la mando a freír monas, no podrá repetirme eso de «¿Para qué me pediste que te acompañara?».

Finjo desolarme.

—¿No soy yo, entonces, el objeto de tu viaje?

—Sí.

Si fuera un fulano capaz de desconcertarse, lo estaría ahora.

—No te entiendo. ¿En qué quedamos? ¿Hollywood o yo?

La veo pensar con rapidez. ¡Tiene cerebro esta Eva!

—Al principio, Hollywood. Ahora, las dos cosas. Mañana, quizá tu solo.

—Gracias. Pero tenías tu billetito y todo antes de conocerme, ¿no? —Asiente—. No puedo enorgullecerme de cambiar el rumbo de tu vida.

—En un futuro, quizá.

—No me gusta conjugar nada en mañana. El hoy me apasiona.

—¿Y el esta noche? Llegaremos a las nueve.

—Quizá —respondo evasivo.

¿Por qué no disponer de un par de horas para mí antes de lanzarme en brazos de la Marina?

¿Por qué no?

Rectifico.

—Sin quizá. Podremos estar juntos un rato, el suficiente para conocernos. Me llamo Robert Baker.

—¿A qué te dedicas?

—A gastar dinero y a enamorar señoras. Son las dos cosas más importantes de mi vida. Lo demás carece de importancia.

—Te daré trabajo.

Sus ojos me traspasan la anatomía. Imagino que le gusto «a rabiarse». Tengo pruebas de ello porque su pierna izquierda se ha incrustado en la mía, en un contacto sugeridor.

El «pom, pom, pom» de ese chisme que llevamos en el lado izquierdo del pecho se agita.

—Confío en ello. Háblame de ti. ¿Vas contratada a Hollywood?

—No. Probaré fortuna. No creas que no llevo miedo.

Me carcajeo sin que se me note. Esta dama no teme ni a una banda de elefantes enfurecidos ni a un batallón de senegaleses.

Confía en ti, preciosa pero no te fíes de las mujeres. Gasta las más potables te tirarán a degüello. Entrevistad a hombres y todas las puertas se te abrirán. Las del cine y las de sus apartamentos. No lo dudes.

«Cáustico y mal educado» dirían los varones respetables.

Ella no dice nada de eso. Arrima el ascua a su sardina, y no me refiero a su pierna. Inquiérese:

—¿Eres productor cinematográfico?

—Me gustaría monada. Hago negocios rápidos.

—¿De qué tipo?

—Los que surgen.

Me mira con fijeza.

—¿Dentro o fuera de la Ley?

Me envaró.

—¿Por qué lo preguntas?

—Antes, al besarme —no se ruboriza al recordarlo— me pareció notar el contacto de un revólver en tu axila.

—Mi abuelita me aconsejó que nunca me descuidara, y que llevase una dentadura de repuesto por si me mordían.

—Muy lista tu abuelita.

—¡Mucho! Aseguraba que su nieto era el no va más en hombres..., ¡y se quedó corta!

Charlamos largo rato. Ella quiere saber, y yo que no sepa.

Hago uso de mi ingenio, que es mucho. La intereso, la fascino. Estoy seguro de que se olvida del cine y de todas las zarandajas ésas. Después de una de mis salidas, comenta:

—¡Eres estupendo! Creo que hasta me casaría contigo.

Me prevengo.

—¿De veras? ¿Te sacrificarías?

Pega un suspiro que es un cañonazo.

—Sí, Robert querido.

El camino es autopista.

Cenamos juntos en el avión. Al masticar un solomillo poco hecho la miro incisivo y se turba, por vez primera.

—Pronto llegaremos a «Frisco» —me dice—. ¿En qué hotel vas a alojarte?

—¿Y tú?

—En el «Pekín». Reservé habitación.

—De acuerdo. Si estuviera lleno, ¿me harás un si tito en la alfombra?

—¡Claro!

Sus pulmones se vacían de aire al pronunciar tal palabra.

Tomamos café.

Nos acercamos a San Francisco.

Consulto mi cronómetro.

—Faltan cuarenta minutos.

Apenas he pronunciado tales palabras, se produce lo imprevisible.

Dos fulanos se ponen en pie. Son tipos rudos, a juzgar por su aspecto.

Me extraña lo que hacen, por eso reparo en ellos.

Uno se coloca junto a la puerta que da acceso a la cabina de mandos y esgrime una imponente *Parabellum* con la que nos apunta mientras el otro se cuela en el espacio reservado a la tripulación.

—¡Quietos! Al que se mueva le líquido.

Su voz es fría y firme. Sé que no se trata de un novato.

Petermann y Trintignant se encuentran cerca de él. Confío en que se ocupen del fulano, tarea no fácil, pero nunca imposible para federales.

Permanecen quietos.

Yo también.

Queremos ver cuáles son los propósitos de quienes practican ese deporte, tan en boga por falta de unas leyes internacionales rígidas, de apoderarse de aviones en vuelo. ¿Con qué objeto?

Una voz metálica, a través del altavoz, va a sacarnos de dudas:

—Soy el comandante del avión. Tranquilícense, señores pasajeros. No hay peligro. Se pretende que desviemos el rumbo del aparato hacia el Sur, a Cuba. Ignoro si lograré evitarlo. En el peor de los casos, nunca pondré en juego la seguridad de ustedes.

Dos señoras se desmayan. Otras lanzan pequeños grititos, como conejos asustados.

Un pasajero se pone en pie. Dura así un segundo. Una orden le obliga a sentarse.

—¡Al próximo que se mueva le agujereo la piel!

Contesto, en voz muy alta, desde mi asiento:

—¿Se nos darán orinalitos para hacer pis? Yo iba a levantarme al lavabo.

—¡Silencio!

El fulano, con cara de perro de presa de los de mala casta, se distrajo unos segundos... que ni Petermann ni Trintignant aprovecharon. Tal vez no esperaban que yo hablase para facilitarles el trabajo. Ahora aguardarán mi nueva intervención.

—Insisto. El miedo me va a obligar a ponerlo todo perdido. Y

temo que no voy a ser el único. Recuerdo un caso semejante a éste, en Vietnam. Un sargento se hizo...

—¡Cállese o le acribillo!

De nuevo el fulano se distrajo. Y de nuevo Jimmy y Hodgkin permanecieron quietos.

¿No lo ven tan propicio como yo? Es posible. Si de algo no puede dudarse es de su valor.

Me vuelvo a Eva. La noto tranquila, impasible, hasta divertida.

—¡Eres formidable, queridín! —me dice.

—¿Asustada?

—Mucho.

No lo está ni pizca. Tiene agallas.

La palmeo por encima de la rodilla.

No ocurrirá nada. Pretenden que nos dé besitos el tío Fidel, pero eso no sucederá. No es tan fácil...

De nuevo el altavoz suena, y me interrumpe en mitad de una frase, genial como todas las mías.

—Otra vez les habla el comandante. Estamos bajo amenaza de muerte, sin posibilidad de resistencia. Se me dice que ahí fuera ustedes se encuentran en nuestra misma situación. Debe ser verdad cuando las azafatas no han acudido a la cabina de mando. No me queda otro recurso que someterme. Nos sobra combustible para el nuevo rumbo. Por favor, confíen en nosotros. Nada les sucederá. Se lo garantizo. Conserve la calma y...

Suena un clic metálico. Alguien cortó la comunicación.

El silencio es absoluto, turbado únicamente por el sonido monocorde de los reactores que impulsan al aparato.

¿Moverá el piloto con brusquedad los alerones para hacer perder el equilibrio a su enemigo más directo, o no se lo permitirán, obligándole a comportarse como un perrito faldero?

Los que quieren invitarnos a que bailemos la samba en Cuba no son novatos.

¿Qué diablos les ocurre a Jimmy Petermann y a Hodgkin Trintignant? Si estuviera yo donde ellos...

Noto cómo el avión desvía el rumbo de forma sensible. Si los piratas del espacio se salen con la suya, habré fracasado en la «Misión Cangrejo» antes de iniciarla. ¡Una consoladora perspectiva!

—Tranquilízate, querido. No me desagrade la idea de que nos

arrullemos en cualquier playa del Caribe. Si sigues moviéndote y metiéndote con esos tipos, te harán un agujerito ahí.

Me señala la frente.

No puedo estar quieto. Por dos veces he querido ponerme en pie, y por dos veces ella me retuvo, sensatamente.

—¡Me revienta que nadie haga los planes por mí! —bramo.

Me incorporo.

Miro al fulano de la pistola, seguro de cual, va a ser su orden.

—¡Siéntese!

—¡Me lo hago, renacuajo! Prefiero que me asesines a que se forme un largo charquito en el suelo.

Mientras hablo, he conseguido sacar por completo el cajetín del cenicero del brazo de mi butaca, un recipiente metálico de no mucho peso. Sí del suficiente para...

—¡Quieto!

Sonrío paternalmente.

Si estuviera tu mamá aquí, en el supuesto de que no hayas nacido por generación espontánea, en un basurero, ¿te gustaría que me viese hacer aguas menores? Iré a y volveré como un dulce cordero y...

Le arrojo el proyectil a la par que me lanzo pasillo adelante, encorvado hasta el máximo, en la certeza de que mis camaradas actuarán también y pondremos fuera de combate al amigo del entrañable Fidel.

Veo que el cenicero roza la cabeza de mi enemigo, merced a que se ha desviado rápido, y cuando voy a cogerle por la cintura algo me pega lateralmente en el hombro izquierdo, haciéndome caer.

Al desplomarme advierto la razón de la inmovilidad de mis camaradas en el

F. B. I.

El fulano que me ha sacudido con el cañón de un revólver está detrás de ellos.

No le vi por la altura de los asientos.

El agujero negruzco de un Colt se apoya en mi sien mientras el que interrumpió mi carrera pregunta en alta voz al que, rehecho del ataque, cubre de nuevo a los pasajeros.

—¿Le líquido?

Me anticipo a una posible respuesta afirmativa:

—Yo que tú no lo haría. Por robar un avión te darán unos azotes si las cosas se ponen mal. Por asesinar a un prójimo quizá te hagan la permanente con un millón de voltios o te encierren en una cámara de gas.

Noto el frío contacto del metal sobre mi piel. Si no fuese un fulano con agallas, me haría pis de miedo. La única señal externa de mi mal rato es el abundante sudor que me corre por el cuerpo.

—Ponte en pie, sin jugar a los héroes.

Obedezco, despacio, lanzando miradas venenosas a Jimmy y a Hodgkin, que siguen inmóviles, como si con ellos no fuera la cosa.

El revólver me sigue, sin separarse de mi pellejo. Gira conmigo. Le tengo en la frente, en el mismo sitio en el que Eva me previno con lo del agujerito.

El que amenaza es un típico hombre de acción. Mandíbula cuadrada y ojos de acero.

Creo que nadie respira. Hablo de nuevo. Hablar en ocasiones como ésta suele resultar rentable.

—Si aprietas el gatillo, mis sesos te pondrán perdido, gusano. ¿Pensaste que somos muchos hombres aquí? Si nos lanzáramos contra vosotros, quizá uno o dos recibiera plomo, pero os venceríamos. Si voy a Cuba, pierdo un negocio de un millón de dólares. En «Frisco» me aguarda, además, una comisión de las más explosivas actrices cinematográficas para hacerme la manicura a besos. Ésa es la razón de que no me gustes ni tú ni tu compañero.

—¡Vuelve a tu asiento! La próxima vez...

No habrá próxima vez. Si pongo de nuevo entre mis enemigos y yo la enorme distancia del pasillo que nos separa, nada habrá que hacer.

He de jugármela ahora.

¿Cómo?

Me he separado un par de centímetros de mi enemigo. El metal ya no me roza la frente, pero apenas haga el menor movimiento hostil la bala será más rápida que yo.

—Retrocede, sin perderme la cara. ¡No agotes mi paciencia! Confórmate con seguir vivo.

No tengo opción. Lo que intente será suicida.

El sudor se me hace más copioso. Me importa más fracasar que morir; pero morir de forma estúpida a nada conduce.

Lanzo un mudo

S. O. S.,

con la mirada a Jimmy y a Hodgkin. Ambos desvían la vista.

Les cubre el otro fulano con la pistola.

Pese a comprender lo desesperado de la situación, que ellos tienen un cincuenta por ciento de probabilidades en contra, yo el cien por cien, digo:

—Pronto algunos se pondrán a cacarear y bailarán la danza del vientre si se lo pedís.

—Tú también si te lo mando.

—Compruébalo.

Mientras habla seguiré cerca del fulano. Todo lo que me preocupa por ahora es no volver a mi asiento, no poner miles de millas de distancia entre los que empuñan las armas y yo.

—Es fácil, pero no me gustan las payasadas. Contaré hasta tres. Si para entonces no retrocedes y te vuelves chico sensato, te liquidaré. Uno...

—Espera. Todavía...

—Dos...

Veo cómo su dedo se tensa sobre el gatillo. El disparador debe estar a punto de caramelo.

No retrocederé. Oigo a mi espalda una voz familiar:

—No seas testarudo, cariño. Haz lo que te mandan. No lo estropees todo. Tienes mucha vida por delante.

«Tenía», me digo a mí mismo. Voy a lanzarme sobre el que me destrozará la cabeza. Quizá entonces Trintignant y Petermann se decidan a salir de su inconcebible pasividad.

Ellos llegarán a San Francisco y harán posible la «Misión Cangrejo».

¿Qué importa una vida, aunque sea tan importante como la mía, si se salvan miles de ellas en el infierno vietnamita merced a una retirada casi masiva de los que allí luchan?

Estoy en la misma situación que una patrulla voluntaria para la muerte o que un soldado que se pega al terreno y agota sus municiones para que sus camaradas puedan retroceder y salvarse.

—¡No seas imbécil y no me obligues a matarte! Dentro de un segundo contaré tres, y entonces ya será tarde. Comportate sensatamente, como los demás.

Las pupilas del que me encañona se han empequeñecido. ¿El cerebro acaba de dictarle mi sentencia?

¡Y pensar que siempre me parecieron imbéciles los suicidas!

No se pueden hacer juicios temerarios.

¡Lástima que la lección la haya aprendido demasiado tarde!

Adiós, Robert Baker. Va a morir tu mejor amigo.

Mi adversario hace un rápido movimiento con el brazo y...

III

¡D IOS vela por los elegidos!

El avión pega un bandazo impresionante. Bendigo al piloto, que ha debido jugársela en los mandos, y me encorvo mientras el hijo de perra que empuña el revólver se me viene encima a efectos del brusco movimiento.

El arma pasa sobre mi cabeza.

Le recibo, le alzo en el aire y giro con él, arrojándole sobre su cómplice, que se esfuerza en vano en mantener el equilibrio.

—¡A ellos! —grito.

Veo a Trintignant y a Petermann saltar sobre los que intentaron desviar el vuelo del avión.

Les imito.

Cuando el aparato se endereza, los dos sujetos están desarmados e inconscientes.

Les acaricié a gusto la cabeza con el 38 que hasta ahora no me dieron oportunidad de usar.

¿Fue pura coincidencia que me vigilaran tan estrechamente, como si yo fuese el único que les interesara de todo el pasaje, el único al que temieran?

¿Fue también coincidencia que detrás de mis dos compañeros se situara un fulano con un revólver?

No.

Alguien quiso que el genial Robert Baker no llegara a su destino, obligándole a tomarse unas largas vacaciones en la que antaño fuera «perla de las Antillas» y ahora se ha convertido en una hija, rebelde y tal, pero hija, del nunca bien ponderado y pacifista Kremlin.

—Ocupaos de éstos —ordeno a mis camaradas.

Con el 38 en la diestra abro la puerta que enlaza la cabina de mando con la del pasaje.

Entro como un meteoro, pero freno casi en el acto.

El tercer prójimo, en el peor sentido de la palabra, está en el suelo como un pelele.

En pie, el capitán me encañona con una automática, sin duda la del caído.

Nos miramos en silencio.

—Suelte el arma.

Obedezco, enfundándola con tranquilidad. Inquiero:

—¿Qué sucedió?

—Pude dar un giro al aparato, y al caer se golpeó contra uno de los laterales. ¿Quién es usted?

—Un pasajero, agente del

F. B. I.,

si le sirve. Ya me ocupé de los de fuera.

—¡Demuéstrelo!

Le entrego el carnet. Respira con alivio al examinarlo Me da la pistola y mi credencial.

—Tome. Se la quité después de golpearse.

Contemplo con simpatía al capitán.

—¿Le encañonaba directamente?

—Sí. Se distrajo un segundo con unas palabras del telegrafista, y aproveché la ocasión.

El copiloto y el telegrafista son jóvenes. El que les manda ha cumplido ya los cuarenta y cinco años.

—¿Hizo la guerra?

—Sí. Como oficial de caza.

—Comunicaré lo que ha hecho a sus superiores y a los míos. Si por lo que hizo no le dan una medalla, dejo de ser quien soy.

—Cumplí con mi deber.

—Otros compañeros suyos se acobardaron. Por eso se ha puesto de moda el secuestro de aparatos de líneas regulares.

Esposo al cómplice de los que hay fuera. Después, le registro. Salvo un fajo de billetes, unos quinientos dólares en total, no encuentro nada más.

Ni cartera, ni agenda ni un maldito papel que le identifique.

—Vigílenle Voy a ver qué ocurre en la cabina de viajeros.

Cuando llego a ella, el capitán, a través del micrófono, está tranquilizando al pasaje.

Los dos individuos siguen inconscientes. Ambos lucen flamantes esposas.

—¿Documentos?

—Ninguno —me responde Jimmy.

—Llévalos dentro, con el otro. Que te ayude Hodgkin a custodiarlos. ¡Ah! Os felicito. Os portasteis como lo que sois, unos tigres. Seguiré cultivando a mi Eva particular. Es para lo único que sirvo.

Mi ironía es tremenda.

La encajan como hombrecitos. Trintignant parece que va a decirme algo, pero le doy la espalda olímpicamente, y me siento en mi butaca.

¿Necesito decirles que los pasajeros hombres me contemplan con envidia y que las mujeres no me quitan ojo?

Un hombre gordo, grasiento, inicia una felicitación. Le interrumpo:

—No siga, paisano. Pudo ayudarme y no lo hizo. Más vale que tenga la boca cerrada.

Mis duras palabras cortan otras posibles felicitaciones. No cunde el ejemplo con mi fémina.

—¡Eres extraordinario, cariño!

—Sí. Lo soy —respondo con modestia—. ¡Un jabato! ¡Él no va más en fulanos!

—¿Para todo eres así?

Noto su pierna izquierda incrustada en mi derecha. Aguanto.

—Más decidido, Eva.

Suspira y se me vuelca por entero.

—¡Se me van a hacer interminables los minutos que faltan hasta San Francisco! —exclama.

—Lo comprendo. Nada más lógico.

Enciendo un cigarrillo para evitar que se me convierta en una lapa, en un sinapismo. La echo el humo directamente a los ojos, como por descuido, y se me separa.

Pongo el codo defendiendo mi anatomía, en peligro de arder por la volcánica proximidad.

Me concentro. Bueno, lo intento.

Mi Eva empieza a hacerme preguntas estúpidas.

—¿Tuviste miedo?

—Todo el del mundo.

—¿Por qué no obedeciste? ¡Te hubieran matado!

Humilde, respondo:

—Me visto por los pies, ricura. Eso obliga a mucho más que usar fijador para que el pelo no se alborote.

—¿Quién eres? ¿Qué haces?

—Ya te lo dije. ¡Soy Robert Baker, un tipo sensacional! Hago lo que sale, si lo que sale da dinero.

—¿Y esos hombres que se llevan dentro a los que quisieron matarte?

—Son mis guardaespaldas.

No miento.

Tal es el cometido que se les asignó en la plúmbea reunión presidida por el almirante Wallace Merrivall.

—¡Eres una caja de sorpresas, Robert!

—No lo sabes tú bien.

Pero la mayor sorpresa voy a llevármela en el aeropuerto.

Mientras Jimmy y Hodgkin, en compañía del capitán del reactor, se dirigen con los tres detenidos hacia la sala de Policía, yo espero en vano a que se me acerque alguien a darme las llaves de un coche.

Así pedí a Vincent Lubbok que se hiciera.

Eva, que está junto a mí en el amplio vestíbulo, me dice:

—¿Nos vamos por tu equipaje?

—Vine con lo puesto, preciosa —señalo la cartera de mano—. ¿Y el tuyo?

—Mandé a un mozo que lo llevara a un taxi. ¿Esperabas a alguien?

—Encargué un coche de alquiler.

—¡Ven conmigo! Quedamos en alojarnos en el mismo hotel.

La sigo. Algunos varones se vuelven a admirar la anatomía de la que me acompaña, muy colgadita del brazo.

Ella, que lo sabe, se encampana, como una potranca de alta escuela.

Así son las cosas de la vida.

¿Quién dijo que la mujer es un bello defecto de la naturaleza,

que todas son dulces y amables... cuando están fuera de casa?

Debió ser un auténtico genio, un tío con «chispa».

Pese a que tengo un humor de un millón de diablos enfurecidos, quizá por ello, me dejo arrastrar hasta un automóvil.

Eva da las señas del hotel y después se me acurruca, algo más que eso. Ustedes me entienden sin más detalles, ¿verdad?

Habla sin parar.

De sus deseos de convertirse en una primera actriz, de sus fracasos en el amor.

—Nunca encontré a un hombre como tú..., y muchos me lo parecieron, no creas. ¿Serás un fraude como los demás?

No la respondo. Tengo la impresión de que esta escultural fémica pretende excitar mi amor propio, mi machismo, para jugar conmigo como un gato con una madeja de hilo, pongo por pobre y original ejemplo.

Fumo sin tregua para defenderme de sus volcánicos afanes. He advertido una sonrisa irónica en labios del taxista, cuyo rostro veo en parte a través del espejo retrovisor.

Llegamos al hotel. Es el mismo en el que me dijeron que tenía reservada una habitación. ¿Coincidencia con mi Eva? ¿Por qué no?

Mientras uno de los botones se lleva el equipaje de ella a su habitación, la 407, en el cuarto piso, y el encargado del mostrador me dice que mi cuarto es el 425, también el mismo piso, abro mucho los ojos, sin dar crédito a lo que contemplo.

Una señora estupenda, guapa, esbelta, elegante, con el aplomo que da una madurez bien conservada, se me acerca, con la sonrisa en los labios.

Me satisface y me irrita —¡qué complicados somos los hombres!
— ver cómo algunos varones se vuelven a su paso.

Acorto distancias, con Eva a mi espalda.

—¡Hola, Robert!

Atónito, reacciono con torpeza.

—Hola. No imaginaba...

Nos abrazamos fuertemente.

Por unos segundos me olvido de todo. Soy feliz. Completa, totalmente feliz.

—¡Qué alegría!

Me separo, tomándola de ambas manos, y la miro con una

sonrisa plena.

—¡Estás más bonita que nunca! ¿Dichosa?

—Ahora, por completo.

—¿No te sorprende encontrarme? ¿Qué haces aquí? Te imaginaba en Europa.

La noto, de pronto, desconcertada. ¡Y ella es una mujer con aplomo, de las que jamás pierden la serenidad!

—No te entiendo.

Busca en su bolso, saca un papel doblado y me lo entrega. Leo:

«Me caso el 27, a las diez de la mañana, en San Francisco. Me gustaría que vinieras».

Firma Robert. Yo.

Pero...

Comprendo de golpe, y el corazón acelera sus latidos. Llevo la diestra de forma instintiva a la funda axilar, y me tranquilizo al tocar la culata de mi inseparable Colt 38.

Miro en derredor, inquieto.

No hay nada anormal, salvo el rostro ceñudo de mi Eva, situada a corta distancia de mí, vigilándome como una hembra celosa.

Sé lo que piensa, y pese a mis agitados pensamientos, me divierte.

—Yo no te envié ese telegrama. No lo hice.

Ella sonrío, tranquila de pronto.

—No es necesario que finjas. Preséntame a tu futura esposa. ¿Es esa señorita?

Avanza hacia Eva, y la contempla apreciativamente. Sé que el resultado del examen no es bueno, pero se domina.

—Siempre fuiste un experto en anatomía, Robert. Una vez más acabas de demostrármelo. ¿Cuál es su nombre?

—Eva.

—Yo soy Alicia...

No la dejo que continúe.

—¡Tenemos que hablar urgentemente!

—Luego. Invítanos a una copa. Quiero que los dos nos conozcamos mejor.

—¡No! —Opongo—. Es necesario que...

—¡No seas cabezota, querido! Tengo sed, y... ¿Por qué no me

dejas que le diga quién soy?

Eva se adelanta. Me aparta con suavidad a un lado e inquiere:

—Sí. Me gustaría.

—Soy su madre. Estoy en viaje de luna de miel con mi nuevo marido. Me ha hecho venir desde Italia, y ahora, como siempre, pretende gastarme una broma. ¿Usted qué hace o qué hacía antes de conocerle?

—Vivo de las rentas. Tuve celos en principio, Alicia. ¿Me permite que la llame así?

—¡Claro!

El «claro» de mamá es seco y suena casi como un pistoletazo. Eva no le gusta ni pizca para nuera. A mí tampoco para esposa. La mujer propia, la madre de nuestros hijos, tiene que ser algo más que una sucesión de curvas.

—Parecen hermanos, Alicia.

El halago no la engaña. Mamá sabe mirarse al espejo y tiene idea exacta de sus posibilidades como mujer.

Intervengo, brutal. No me queda otro remedio. En cualquier momento puede producirse lo irremediable.

—¡Es una encerrona! —exclamo—. Ni yo te puse ese telegrama, ni voy a casarme con esa señorita.

—¿Es eso cierto, Eva?

—Lo primero, no lo sé. Acabamos de conocernos en el avión. De lo segundo, procuraré conseguirlo. Me gusta su hijo, Alicia.

Mamá piensa rápidamente. Se me vuelve.

—Ya. Entonces...

—¡Eso es lo que quiero explicarte! ¿Y tu marido?

—Le llamaron por teléfono hace unos minutos. Me pidió que le esperara aquí asegurándome que no tardaría en regresar. Tenemos una habitación en el piso cuarto, y...

No escucho el final. ¡Todos en el piso cuarto en un edificio de diez plantas!

—Vamos allá, mamá. Es necesario que hablemos.

—¿Por qué tanta prisa? Quiero esperar a Jorge.

—Le aguardaremos juntos, arriba.

—¿Conmigo? —pregunta Eva.

—No. Iré a verte apenas termine.

Va a decir algo, pero la mirada que le lanzo es terminante.

Admite:

—Te esperaré con impaciencia.

Con mi clásica modestia, respondo:

—No lo dudo. Vamos, mamá.

—Quedémonos. Una camarera está sacando nuestro equipaje y otra limpia la habitación. Acababan de desalojarla cuando llegamos. Hablemos aquí.

Conozco a mamá, y no pierdo el tiempo pretendiendo convencerla de lo contrario.

La tomo del brazo y nos apartamos de Eva, que nos sigue con la mirada para, después, dirigirse a uno de los ascensores.

Una vez que ha desaparecido, digo:

—¡Mamá! ¡Tienes que empacar tus cosas y con Jorge volverte a Italia, sin pérdida de tiempo! ¡Quienes han puesto ese telegrama lo hicieron con el propósito de tenerme cogido, de servirse de ti para presionarme! ¡Tú y Jorge corréis un gravísimo peligro!

No se sobresalta por ella, sino por mí.

—¿Tan peligrosa es la misión que realizas?

—Todas lo son, mamá, pero ésta un poco más. Hay muchos Gobiernos interesados en que fracase. ¿Lo harás?

—Veremos qué opina Jorge. Yo...

Vuelvo a cogerla por los antebrazos. Aprieto sin darme cuenta, y lo advierto al notar un rictus de dolor en su rostro. La suelto en el acto.

—Perdona. ¡Me vuelve loco la idea de que pueda sucederte algo! ¡Haz lo que te digo, o...!

Callo a tiempo. Ella me apremia.

—Sigue. ¿Qué ibas a decir?

—Soy capaz de pedir que os obliguen a marcharos de los Estados Unidos por una temporada, hasta que termine mi trabajo; poneros una escolta de detectives que no os deje ni a sol ni a sombra. No permitiré...

La voz impersonal de un botones me interrumpe:

—Señor Baker al teléfono... Señor Baker al teléfono...

—Yo soy, muchacho. ¡No te muevas, mamá!

Entro en una cabina encristalada que hay en uno de los laterales del mostrador.

Tomo el auricular. Noto mi excitación por cómo se crispan mis

dedos en torno al plástico.

—Diga.

—Escúchame sin interrumpirme, Baker. Lo que voy a decirle le interesará.

—Lo dudo —fanfarroneo—. ¿Con quién hablo?

—Digamos que con los amigos de los que intentaron desviar el vuelo del avión en el que viajaba. En el vestíbulo hay dos hombres a mis órdenes. Cualquiera puede disparar contra su madre y matarla. Le aconsejo que se divierta con esa chica que encontró en el viaje y no se interese demasiado por su cometido. Tome las cosas con calma, *whisky* y besitos cariñosos. Si se obstina en demostrar su terrible eficacia y se pone incómodo, su madre será enterrada en «Frisco». No lo olvide. Si ahora no la liquidamos, y podemos hacerlo, es porque confiamos en su sensatez.

No puedo responder porque un «clik» seco me indica que cortaron la comunicación.

Clavo mis ojos en el audífono, como si quisiera llegar a través de él hasta mis enemigos, y me vuelvo.

La excitación me hizo olvidarme de mamá.

Salgo con rapidez. El micro cuelga del cable.

De una ojeada compruebo que ella no se encuentra en el vestíbulo. Me dirijo al que se halla en el mostrador.

—¿Vio a...?

—¿La señora que estaba con usted? Vino su marido a buscarla y acaban de salir.

Salgo yo también. Varios coches arrancan en ese momento. En uno de ellos quizá vayan mi madre de verdad y mi padre por su matrimonio.

¿En cuál?

Desisto de preguntar al galoneado portero, que ayuda a descender a unos nuevos huéspedes, a juzgar por las maletas. Aunque haya advertido lo que me interesa saber y sea rápido en sus explicaciones, cosa que no suele suceder, será tarde.

Me tranquiliza la idea de que al menos no se marchó sola.

¿Será Jorge un hombre capaz de defenderla?

Confieso que me cae gordo el quinto marido de mamá.

Entro de nuevo en el vestíbulo y en la cabina telefónica. Introduzco varias monedas y pido comunicación con Washington,

con la central del

F. B. I.

Me la ponen en el acto, dándome una noticia desconcertante.

Vincent Lubbok no está. Ha salido para San Francisco en un avión militar que llegará dentro de unas horas.

¡Todo lo contrario de lo que dijo!

Cuelgo.

¿Qué hacer?

¿Irme a la base?

¿Esperar el contacto prometido por el almirante Merrivall o el capitán Douglas Stevenson?

Me decido y digo al del mostrador:

—Si alguien pregunta por mí, estoy en el cuatrocientos siete. Tome. Para que no se le olvide. Si viniera la señora con la que estuve antes, avíseme también.

Pongo diez dólares en el mostrador y no escucho las palabras de gratitud del empleado.

Me reúno con Eva.

¡Es absurdo que rumie mi impotencia, que me convierta en un saco de nervios!

Ella se me cuelga del cuello al verme.

—¡Querido! ¡Temí que no subieras! ¡Qué largos los minutos!

Está vestida para una fiesta de noche, sin invitados. Lleva sobre su cuerpo una bata vaporosa, vaporosísima, que descubre unas partes, vela otras, y ¡es el acabóse!

Me besa. La beso. Nos besamos.

Una conjugación perfecta del verbo.

No se cruzan más palabras entre nosotros. Hablar no es posible con una fémina devoradora cuya boca es un sinapismo sobre la mía.

Consigo separarme y recobrar el aliento. Pido por teléfono una botella de *whisky* y un cubo con hielo.

—Tu madre es encantadora, Robert. No me importaría tenerla por suegra.

—¡Mamá nunca será suegra de nadie! ¡No pienso casarme!

Ella sonrío.

—Bueno...

La interrumpo.

—Escúchame bien. Que no haya equívocos en un futuro. Otras

damitas, más o menos explosivas que tú, se propusieron cazarme y se convencieron de que eso no es posible. Me gustan las mujeres, pero me debo a mi trabajo. Nada ni nadie me convertirá en un marido obediente, en nadie que diga «sí, querida» o «no, querida» cada cinco minutos. ¿Entendido?

—¡Desde luego, Robert! ¡Eres incazable!

No me cree y se dispone a la conquista; a la doma.

Me hace arrumacos. La llegada del botones con lo que he pedido me salva de sus ímpetus incendiarios.

De nuevo solos, no puedo ni tomarme un trago.

No me lo permite...

IV

LOS tengo frente a mi apuntándome con revólveres de mi calibre, armas mortíferas en manos de expertos.

Son dos hombres, a los que acompaña el individuo al que entregué los diez dólares en el mostrador, quien todavía tiene en la diestra el manajo de llaves maestras que utilizan las camareras en los hoteles.

No les sentí llegar.

Era lógico. Ustedes lo entenderían si pudiese darles detalles.

Observo a quienes me encañonan. Son tipos duros. Dos auténticos perros de presa. Uno de ellos, con aspecto de gorila padre, me ordena:

—Termine de vestirse y acompañenos. ¡Por las buenas!

Observo que el compañero del que me habla tiene en la mano izquierda la funda axilar y mi Colt.

—¿Quiénes son ustedes?

—Dumbo y el Pato Donald —me responde mi visitante.

—¡Policía, señor Baker! —interviene el empleado—. Me obligaron a acompañarles...

—Así es. El hotel no es responsable. Veo que sabe rodearse de buenas compañías, amiguito. Robar Bancos es rentable para todo.

Contemplo a Eva, que se ha incorporado y se arregla la bata, muy desarreglada.

¿Qué es esto? Decido cortarlo, sin contemplaciones.

—¡Preséntense de forma reglamentaria! —ordeno—. ¿Olvidaron la Ley?

Los dos agentes se miran. Uno de ellos, siempre sin dejar de cubrirme con su arma, ironiza:

—¡Vaya! El gallo cacarea. En el Distrito le cortaremos los

espolones.

—Veremos quién a quién. Repito que tienen la obligación de identificarse. Su aspecto es de «gangsters».

Uno de los dos angelitos avanza un paso, con propósitos nada amistosos, a la vez que masculla:

—¡Maldito asesino!

—¡Quieto ahí! Si intenta rozarme, aunque me apunten con toda la artillería del país, le romperé la crisma. Si después de liquidarme se encuentran con un federal en acto de servicio van a pasarlo mal.

—

¿F. B. I.?

—No diré una palabra mientras no sepa con quién hablo.

Se les bajan los humos de pronto. El mayor me tiende un carnet.

—Sargento Edwin Aldrin. Me acompaña el detective Neil Richardson.

—Así me gusta. Me llamo Robert Baker y pertenezco al F. B. I.

En la americana encontrarán mis credenciales.

Neil se dirige a la chaqueta, vuelve todos los bolsillos del revés. No está mi carnet.

Me mira, venenoso.

—¿Dónde?

Hago yo el registro. En vano.

Un nuevo hecho incomprensible.

—Lo habré perdido. Pónganse al habla con el almirante Merrivall o con Washington. Les dirán que...

Edwin Aldrin me sorprende por la espalda. El culatazo lo recibo en el hombro izquierdo, donde noto como una quemadura.

En el suelo, veo los dos revólveres cubriéndome, y un brillo de dureza en las pupilas de los servidores de la Ley.

—¡No nos gusta que nos tomen el pelo! ¡Extiende las manos!

—¡Idiotas! —mascullo.

El sargento me tira un retrato, que recojo. Soy yo, de perfil, en una foto de presidiario.

—Eres Robert Baker, un destripa caja de caudales. En el último asalto se te fue la mano y te cargaste al dueño. ¡Ponte en pie!

Acompaña su orden con un taconazo en mis costillas.

Reacciono con dulzura mientras me incorporo. El detective

Richardson me tira la chaqueta a la cara.

Hago una última tentativa:

—¡Hablen con el

F. B. I.!

En San Francisco hay dos inspectores que me conocen. Uno es de mi misma promoción y...

—¡Andando, pichón!

Esta vez esquivo el golpe y termino de vestirme como puedo. Me vuelvo a Eva:

—Llama a Washington y cuenta lo ocurrido. ¡Hazlo!

—Ella viene también con nosotros. Tienes un minuto, monada, para ponerte algo sobre el cuerpo. Vigílala, Neil.

Salen. Quedamos solos el sargento y yo, frente a frente.

—Le aseguro que va a pesarle lo que hace, Aldrin. ¡Le voy a obligar a que me limpie los zapatos con la lengua para pedirme perdón!

No se me acerca para golpearme, que es lo que pretendo. Mantiene la distancia.

Es un zorro viejo, en el peor sentido de la palabra. Hijo de zorro y de mamá...

Busco una oportunidad para salir de la encerrona. Si me llevan al Distrito tal vez tarde horas en identificarme, si es que antes no me suavizan a golpes.

Son demasiados absurdos los que ocurren. ¿Quién juega conmigo?

Sé que si me lanzo sobre el sargento, éste, convencido de que soy un ladrón y un asesino, no vacilará en acribillarme. ¡Y no es un novato para sorprenderle!

—¿Puedo fumar?

—No puedes.

Un tipo duro Edwin Aldrin.

Le insulto, le digo cosas horribles.

Sonríe con dureza pero mantiene la distancia. Susurra:

—Me lo vas a repetir en mi despacho.

Si hablaran las serpientes, lo harían como este fulano. Silba las palabras, las mastica.

Mi porvenir es oscuro.

Agoto los improperios, eligiendo los más ofensivos. Me dice:

—No te daré oportunidad de que te eches encima de mí. ¡Me darás una gran alegría si eres tan terco en un futuro!

Todo su rostro es una mueca de ferocidad. ¡Es un angelito de cuidado!

Regresan Eva y Richardson. Ella se ha debido poner con calzador el traje, tanto se le ajusta.

Nos esposan juntos.

Tengo que permitirlo, como un pichón.

—Ve detrás, Neil. ¡Ardo de impaciencia por llegar al Distrito!

Un revólver se me clava en las costillas.

Igual que un cordero penetro en el ascensor. Eva me dice:

—No imaginaba que nuestro romance terminaría así. ¡Juntos hasta la cárcel!

Tienes agallas la prójima. Hay un terrible sarcasmo en sus palabras.

En el amplio vestíbulo, miro en derredor.

Suspiro con alivio al ver un rostro conocido en la puerta. Un hombre se nos acerca.

—¿Qué pasa, Baker? ¿Qué sucede?

—Identifíquese o estos gorilas machos le meterán un balazo en la barriga, capitán.

Douglas Stevenson saca un carnet que entrega al sargento. Debe ser muy gordo lo que hay escrito en la cartulina, porque Edwin se pone rígido. Si fuera de uniforme le saludaría.

—¡A sus órdenes! —exclama.

—¡Suelte a ese hombre! ¿Por qué le detuvo?

El sargento le muestra el retrato que me tiró a la cara y responde:

—Recibimos hace dos horas esta foto y la orden de capturar a Robert Baker.

—¡Es falso! Pertenece al

F. B. I.

Trabajamos juntos en algo importante. ¡Déjele libre bajo mi responsabilidad!

Aldrin, un testarudo, vacila.

—Pero...

—¡Hágalo o le prometo que tendrá que dedicarse en un futuro a recolectar coles en el desierto de Nevada!

Me gusta Douglas Stevenson.

El sargento hace una seña a Neil Richardson, y noto cómo el grillete metálico deja de ceñirme la muñeca izquierda. Me vuelvo a Eva:

—Lo siento, cariño. La aventura romántica ha terminado.

—¿Eres de verdad del

F. B. I.?

Hay demasiado asombro en sus palabras.

—No —contesto—. Soy el enemigo público número cero, y el capitán Stevenson lleva documentos falsos. Procura que no se entere la Policía.

—Venga conmigo, Baker. Fuera tengo un coche.

—Espere un segundo.

Giro rápido. Mi puño alcanza con demoledora fuerza la mandíbula del sargento antes de que nadie pueda impedirlo.

Aldrin retrocede tambaleándose, sé que medio aturdido, y al fin cae sobre uno de los butacones, que vuelca.

En el suelo, se acaricia la mandíbula, a una milésima de perder el sentido. Me vuelvo a Neil Richardson.

—Vamos, amiguito, hijo de perra. ¡Salta sobre mí!

Va a hacerlo. Douglas Stevenson se lo impide, interponiéndose.

—¡Basta de locuras! Salgamos, Robert. No podemos perder tiempo.

Es sólo un minuto. Ni eso siquiera.

El detective se ha detenido, y me contempla con el afecto de una cobra hambrienta.

—¡«Chao», Eva! Nos veremos.

Salgo, entre la expectación de quienes llenan el amplio «hall».

Subo a un «jeep», situándome a la derecha del capitán, cuyo rostro sombrío no presagia nada bueno para mí.

—¿Tuvo necesidad de hacer eso? —me reprocha.

—Sí. No me trataron bien arriba. Escúcheme sin interrumpirme. Hay muchas cosas que no me asustan, y...

—¡Le interrumpo, Baker! En vez de solazarse en compañía de esa mujer, debió establecer contacto con nosotros.

—¡Ustedes conmigo! —salto—. Quedaron en venir al hotel.

Me lanza una rápida mirada.

—Se recibió un aviso suyo en mi oficina, que me transmitieron,

en el sentido de que, por surgir complicaciones, pasaría a recogerme. ¿Las complicaciones eran faldas?

—¡Yo no llamé!

Comprendo de golpe. Otro truco. Otra forma de hacerme perder el tiempo.

Le explico todo lo sucedido, desde el avión hasta la llegada del sargento Aldrin, sin olvidar lo que más me angustia, la presencia de mi madre.

El rostro de Douglas Stevenson permanece imperturbable.

—¡Increíble! —comenta.

—Pero verdad. Absoluta y total verdad. Pido protección para...

No continúo. El capitán acaba de conectar una clavija de la radio que lleva en el coche, y está dando órdenes para que dos de sus mejores hombres se personen en el hotel y esperen a mamá a fin de obligarla a salir de San Francisco. Le deben poner alguna objeción, porque gruñe.

—No importa las consecuencias. Háganlo como lo he mandado. Corto.

Sabe actuar, y lo hace a mi aire, saltando por encima de legalismos.

—Gracias, Stevenson. ¿Dónde vamos?

—A la base aérea. Han ardido dos talleres más.

Un nuevo sabotaje, y el plan se vendrá al suelo.

—No se duermen nuestros enemigos.

—No, Baker. Le pondremos una oficina a su disposición. Para todos será un ingeniero aeronáutico. Dispondrá de los expedientes del personal, desde el jefe, el coronel Armstrong hasta el último de los peones. Sus compañeros Petermann y Trintignant ya están allí. Le repito, carta blanca.

—Bien.

Hasta imponerme, hasta leer los expedientes y examinar los lugares de los sabotajes últimos, estaré a ciegas varias horas, se lo digo.

—Sí. Procure convertir cada hora en un segundo. Ya perdió demasiados.

—No por mi culpa.

—Los perdió Baker. Y es lo que importa. El Almirante y yo queremos resultados rápidos y no explicaciones, por lógicas que

resulten.

Es mi aire también; pero ahora me agrada menos.

Douglas Stevenson conduce como un loco por una carretera construida por un demente al borde del acantilado.

—Este camino es nuevo —le digo.

Conduce a la base. Se construyó para la «Misión cangrejo» en el tiempo récord de dos meses. No pudo hacerse mejor.

—Comprendo.

Enciendo un cigarrillo y no logro sustraerme al recuerdo de Eva. Una mujer completa. Ardiente como el Vesubio, efusiva como un millón de gatas cariñosas en enero.

Tardamos casi una hora en alcanzar la base.

Nos paran en tres controles. Stevenson se identifica y pasa.

Por el campamento, rebosante de barracones, el «jeep» parece que va a estrellarse unas veces y otras a matar a varios obreros.

—¿Y los campos de aviación? —pregunto.

—Al fondo. Las pistas y los barracones están protegidos por el Ejército y por hombres del Servicio Secreto. Los atentados se produjeron en las fábricas de repuesto y acondicionamiento.

Pega un frenazo en seco.

Maldigo en mi peor estilo porque estoy a punto de partirme la crisma contra el cristal delantero.

Sigo a Stevenson a través de una amplia nave. Al fondo, en una especie de templete encristalado, un despacho, al que se asciende por unos escalones de madera.

Desde abajo veo a Jimmy y a Hodgkin hablando con un coronel.

Me lo está presentando Stevenson cuando suena el teléfono. Trintignant me tiende el auricular.

—Es para ti, Baker.

Trago saliva, imaginándome lo peor. ¡Y no voy a equivocarme!

—Dame. Sí. Soy Robert Baker. Usted, gusano infecto, ¿quién es?

He identificado la misma voz que me habló en el hotel. Oigo una risa suave y hago una significativa seña a Douglas Stevenson para que intente localizar la llamada. Le veo dirigirse a otro aparato y descolgarlo.

Escucho algo que me aterra. Quiero ganar tiempo, entretener con palabras a mi interlocutor, pero cuelgan el auricular al otro lado del hilo.

El capitán, que apenas se ha puesto en contacto con la centralita, deja el audífono sobre la horquilla y me mira.

—¡Han cogido a...!

—Prefiero oírlo yo mismo.

Oprime una palanca en un extremo de la mesa y suena primero mi voz llamando gusano infecto a mi interlocutor. Después...

«Tenemos a su madre y a su padrastro con nosotros. Todavía están bien. Solo todavía. De usted depende que no les ocurra nada. Empezaremos por ella. ¡Muy hermosa! A mis muchachos les gusta. Será el primer juguete si se obstina en convertirse en héroe y en sacrificarla. Después... Bueno. Tardará varios días en morir. Hay a mi lado un par de expertos orientales. Mis órdenes son verle a usted dentro de dos horas en el hotel, pasándolo bien con esa chica, sin preocuparse de otra cosa que del retozo, más o menos honesto. Eso es cosa suya. Dos horas. Si no obedece y no le vemos con la mujer, ya sabe lo que haremos —y colgó».

—Tenemos conectados a los teléfonos cintas magneto-fónicas. Cada hora ponen unas nuevas y nos traen las usadas —explica el capitán Stevenson.

Apenas si le escucho.

Me siento junto a una mesa, rebosante de expedientes personales. Hundo la cabeza en las manos.

¡No tengo escape!

No la soltarán aunque se someta. Ella les conoce, y...

Jimmy Petermann se ofrece.

—Yo me ocuparé de rescatarla, Robert.

—Con mis mejores hombres —apostilla el capitán.

Levanto la cabeza. Mi expresión debe ser terrible, porque nadie vuelve a decir nada.

Es el coronel Armstrong el que rompe el silencio:

—Su situación es grave, señor Baker. ¿Algún indicio de quiénes pueden ser los raptos? ¿Alguna pista?

—No. Ninguna.

El tono de mi voz estremece a quienes me rodean.

Pienso con rapidez.

Hay muchas piezas que no encajan en mi cerebro, entre ellas algunas absurdas, inconcebibles. ¡Debo de ponerlas en su sitio!

—¿Qué hará?

—Dispongo de dos horas. De aquí a «Frisco» hay sesenta minutos en coche. ¡Necesito el «jeep» que me trajo!

—Lo tiene a su disposición.

—¿Hay un plano de la base?

Petermann abre un cajón de la que será mi mesa de trabajo, y me lo entrega.

—Aquí está.

Lucho por dominarme, porque nadie advierta la tremenda angustia que me domina. Soy un hombre de hierro, y no puedo doblarme delante de nadie.

—Bien. Daré una vuelta por ahí. Después me dejaré ver con mi dulce fémina, desapareciendo con ella para regresar y poner mis manos sobre los traidores.

Mis palabras son de hielo. Los rostros de quienes me contemplan permanecen tensos.

—Pide el relevo, Robert. Vincent Lubbok vendrá personalmente a ocuparse de esto. Sé lo que significa tu madre, y...

Interrumpo a Petermann:

—¡No! Por otra parte, el comisario está camino de San Francisco. Pienso que no dejarán vivos a los rehenes. Sólo la astucia, la audacia y el éxito pueden salvarnos a todos. Tú y Trintignant os leeréis esos expedientes. Necesito un resumen con los que consideréis sospechosos. ¡No levantéis cabeza! Sólo en leerme esos mamotretos invertiría unas horas que necesito desesperadamente.

—De acuerdo, Robert.

—¡Resumen, resumen! —exclamó—. ¡Cuántas menos líneas, mejor! Adiós.

Salgo, paso elástico, músculos como ballestas, rostro imperturbable... ¡Terrible tormenta en el alma!

¡Pobres de quienes se atrevan a molestar a mamá!

Ya en el exterior, invierto unos minutos en imponerme en el mapa de la base, descartando en principio los hangares que guardan los aparatos y donde no se ha producido ningún sabotaje, tal vez por una vigilancia eficaz.

¿Por qué no se vigila del mismo modo las demás nave, las destinadas a la adaptación de los aparatos para recibir tropas y material?

Me acerco a uno de los barracones-taller.

Hay dos soldados en la puerta, provistos de metralletas. Me miran imperturbables, sin moverse.

Rodeo el edificio. Las ventanas son altas y enrejadas. En cada esquina, un centinela.

Sigo caminando hacia la nave inmediata. Ante la puerta de una de ellas, me detengo.

Veo salir una interminable fila de obreros. Le pregunto a uno:

—¿Acabasteis?

—No. Es nuestra media hora de descanso. Vamos al bar a comer algo.

—Ya.

Entran en otro de los barracones y vuelvo a examinar el plano. Me sobresalta un estallido inmediato y veo cómo una de las paredes del taller que os operarios acaban de abandonar salta hacia adelante impulsada por la onda expansiva.

Noto como si alguien me golpeará en el rostro y caigo al suelo. Me ensordece el sonido de una sirena de alarma.

Mientras me incorporo, veo cómo surgen soldados de todas partes y centenares de obreros salen de diversas naves.

Los centinelas del primero de los talleres corren a paso de carga al lugar del siniestro, y voy hacia el lugar que ellos abandonan a tiempo de ver cómo entre la masa de empleados un hombre, cuyo rostro me es familiar, se desplaza con rapidez hacia la parte trasera.

Oigo una nueva explosión, más sorda que la anterior, y advierto que en la nave a la que me dirijo surgen llamas al fondo.

Mientras corro detrás del que ha llamado mi atención, en la certeza de que estoy equivocado, repitiéndome una y otra vez que no es posible vuelvo a verle de perfil al doblar una de las esquinas.

No me cabe duda de su identidad, y bendigo a la Providencia que me inspiró para quedarme en la base y no ir en busca de Eva a San Francisco para mostrarme a los raptos de mamá.

El furor pone alas en mis piernas y acorto distancias, mientras llevo la diestra a la funda axilar y esgrimo mi 38.

No puedo ni debo matarle. Le intimidare.

El fugitivo entra en el barracón en llamas, sin duda sabiéndose perseguido, y voy tras él por una estrecha puerta que dejó abierta a su paso.

Me arrepiento de no haber tomado precauciones. Ni es mi estilo ni había tiempo para ello.

Está frente a mí, encañonándose con una automática.

—Hola, Robert —me dice—. ¡Mala suerte encontrarme! ¡Mala suerte para los dos! Podemos matarnos estúpidamente o comportarnos con sensatez. Tira tu artillería al suelo. A cambio te diré dónde está tu madre y salvarás el pellejo.

El calor es insoportable. A unos quince metros crepitan las llamas, devorándolo todo.

Avanzó unos metros sin responder al que acaba de hablarme. Me detengo al verle amartillar la pistola, con la que me apunta al corazón.

—¡No seas suicida, Robert!

—¡Tierna escena de familia! —comento con ferocidad—. ¿Qué hiciste con mamá?

—Está en sitio seguro.

—¿Corre de veras peligro?

—¡Mortal!

—Tuvo mala suerte mamá querida en sus anteriores matrimonios. En el último no fue una excepción. ¿Mandaste poner tú el telegrama, papaíto quinto?

—Sí. Lo hicieron mis amigos. ¿Para forzarme a convertirme en alguien dócil a vuestros deseos?

En efecto. Me mandaron llamar para eso.

—¿Colocaste esas bombas?

—La primera, no. Esta última, sí. Ya no habrá más sabotajes. El proyecto ha fracasado. ¡Es imposible reponer lo destruido en la fecha prevista! Es absurdo que te dejes matar por lo que no tiene remedio. Tira la pistola. Déjame escapar y olvídame. A cambio, te lo repito, tendrás sana y salva a tu madre, y la piel entera. Puedo añadir también doscientos mil dólares.

Ha retrocedido unos metros. Le sigo, muy despacio, en espera de una oportunidad que espero no tarde en presentarse.

Recuerdo una frase: «Un nuevo sabotaje nos haría fracasar». Ya hemos fracasado. La «Operación Cangrejo» es un desastre de principio a final, y no por mi culpa.

El calor es insoportable. Las llamas avanzan con rapidez.

Un barril, sin duda lleno de combustible, salta por los aires a

escasa distancia de donde estamos.

Mi enemigo no se descuida. Sigue retrocediendo hacia las llamas, mientras gira lentamente, obligándome a cambiar de posición.

¿Para qué?

Lo sé tarde. Algo me golpea en la nuca, y caigo como un fardo.

No sentí ningún ruido a mi espalda. El fragor del incendio me tiene ensordecido.

No pierdo por completo el conocimiento.

Giro, y pese a que mi turbación es grande, puedo ver a un individuo abandonar la nave. Detrás de él va el hombre al que odio con toda mi alma.

Le apunto a las piernas y disparo.

No le acierto.

Sale también, ileso.

Tardo unos segundos en ponerme en pie. Lo hago, con un formidable esfuerzo, y, tambaleándome, llego a la puerta.

Un coche, en el que van los sabotadores, acaba de arrancar. Hago dos nuevos disparos a las ruedas, pero los proyectiles no alcanzan las cubiertas.

Conduce una tercera persona a cuya presencia crispo tanto los dientes que me duele la mandíbula.

Agoto los proyectiles del tambor, sin éxito.

Turbado aún, distingo a mis compañeros federales a los que acompañan Douglas Stevenson y el coronel Armstrong.

Se me acercan. Jimmy, maternal, inquiera:

—¿Estás bien, Robert?

—Sí.

—¿Vamos detrás de ellos?

—No es preciso. Volvamos a la oficina. Quiero dar un vistazo a los expedientes. Coronel, temo que...

Douglas Stevenson se anticipa al jefe de la base en la respuesta:

—¡Fracasamos, Baker! Ya no hay remedio. Nos comportamos igual que unos novatos.

Los servicios contra incendios trabajan afanosamente mientras nosotros llegamos al despacho en el que se amontonan los expedientes.

Voy pasando uno por uno. Un rápido examen me basta. Al fin

encuentro lo que buscaba. Leo en alta voz:

—«Jorge Muskie, ingeniero industrial, jefe del Departamento de compras». ¿Qué pueden decirme de este hombre, coronel?

—Eso. Que es jefe del Departamento de Compras.

—¿Le dieron permiso para casarse con olvido de la urgencia de la «Operación Cangrejo»?

Armstrong estalla:

—Ese hombre es de mi máxima confianza. Fue a Europa adquirir un utillaje que nos era imprescindible.

Miro al jefe de la base. Digo, masticando cada una de las frases:

—Jorge Muskie es un traidor. Contrajo matrimonio con mi madre hace catorce días ¡Es mi padrastro! ¡Todos ustedes son unos imbéciles, y el almirante Wallace Merrivall un retrasado mental!

V

VAMOS, encanto. Sé juiciosa y habla. Temo ponerme nervioso y destrozarte esa linda carita, de tan gratos recuerdos. El tiempo se te acaba. También mi paciencia. Conduces muy de prisa. ¿Especialista en «jeeps» militares?

Eva retrocede despacio, rehuyendo el contacto del vidrio en su rostro.

Partí un vaso de mala manera contra uno de los bordes del mueble bar, y tengo en mis manos algo terrible, puntiagudo, cortante.

Ella, muy pálida, sorprendentemente tranquila, sin embargo, mira su maletín a medio hacer. Sé que la he sorprendido por unos segundos. De no haber viajado igual que un loco, tomando las curvas a setenta millas, saltando como un muñeco por la pésima carretera que une la base con «Frisco», no la habría encontrado.

—Fue un error que vinieras por esos trapitos, pero las mujeres tenéis una sicología especial, sois las reinas del absurdo. ¿Dónde puedo encontrar a Jorge Muskie, tu cómplice y mi padrastro?

—Te repito que no sé de qué me hablas.

Va a venir ahora lo bueno. Su espalda tropezó en la pared. Ya no puede seguir apartándose de mí.

Apoyo los bordes del vaso roto en su mejilla izquierda.

—Tienes cinco segundos para decidirte. Te vi conduciendo el coche que sacó a Muskie de la base. ¡Mi paciencia se acaba! ¡Dime lo que quiero saber o...!

Presiono la piel con el cristal. No le brota la sangre todavía.

Algo me sacude el cerebro al oír la voz tranquila de Eva:

—Tú no eres capaz de cumplir esas amenazas.

—¿De veras? ¡Voy a dejarte tan desfigurada que no te

reconocerá ni tu propia madre!

La noto inquieta, pero no aterrorizada. Parece segura de lo que afirmó, y repite:

—No eres un «gángster», sino un federal, un hombre de honor. No te diré una palabra. ¡Haz lo que se te antoje!

Una nube rojiza me ciega. Crispo mis dedos en el vaso, y...

Lo retiro, despacio, venciendo mi ferocidad. Ella estuvo siempre en lo cierto. Sólo pretendía aterrorizarla. ¿Por qué no lo conseguí?

Giro rápido y empuño el 38.

El picaporte acaba de girar a mi espalda.

La puerta se abre y...

—¡Vincent Lubbok!

—El mismo, Baker. ¡Tira ese vaso roto! No son procedimientos para interrogar a nadie. Vengo a detenerla, señorita. Responderá a nuestras preguntas en mi oficina.

Mi asombro llega al máximo.

—Pero...

—Acabo de ponerme al habla con la base. Tuve una larga conversación con Douglas Stevenson, Jimmy Petermann y el coronel Armstrong. Ellos me informaron de todo.

—¿Y...?

—Te relevo, Baker. La «Misión Cangrejo» no sigue adelante. Fracasó.

Clavo mis ojos en Lubbok.

—Termina la frase. ¿Por mi culpa?

—No lo he dicho.

—¿Lo pensaste?

—Tampoco. Wallace Merrivall acudió a nosotros demasiado tarde. Eso es todo.

—¿Y mamá? ¿Sabes lo de su secuestro y lo de Jorge Muskie?

—Ella estará a salvo dentro de poco. Yo me encargo de ello. En cuanto a tu padrastro... Bueno. También es cosa mía. ¡Déjale en paz!

—¡Todo lo que sucede es de locos! ¿Lo estás tú también?

—No.

Esperaba una respuesta más amplia, y se lo digo. Advierto que su rostro se contrae en una mueca de disgusto.

—No te preocupes por lo que suceda. Te aseguro que nadie corre

peligro.

Señalo a Eva.

—¿Ella tampoco?

—¡Tampoco! Sus riesgos terminan junto a mí. Nos dirá lo que necesitamos saber, sin violencia. Salgamos.

La orden va dirigida a la mujer. Yo intervengo:

—Iré con vosotros.

—Dedícate al turismo. No te necesitamos. No compliques más las cosas, Robert.

Estallo:

—¡Pienso convertirme en un salvaje! ¡Quiero ponerle las garras encima a Jorge Muskie y a su cuadrilla de saboteadores, hacerle pagar en sangre cada segundo de angustia de mamá, cada riesgo corrido! ¡Voy a saltarme a la torera todas las leyes, todas las ordenanzas y a todo bicho viviente, empezando por ti!

Mi jefe se preocupa. Lo noto. Duda. Se decide.

—Si quieres seguir interviniendo, espera mis órdenes. Te las transmitiré por teléfono.

—¿Plazo?

—Quince minutos, como máximo. Participarás en el rescate de tu madre y en la captura de Muskie.

—¿Me das tu palabra?

—La tienes.

Vincent Lubbok podrá ser un marrajo, una hiena, una rata sarnosa, pero nunca incumplió una promesa.

—De acuerdo. Quince minutos.

Eva me mira.

—Te acortará el tiempo una botella de *whisky* que hay en el mueble bar. Siento lo ocurrido, Robert. Antes de que nos separemos deseo decirte que eres extraordinario. ¡En todo!

—Gracias,

Mata-Hari

de guardarropía. ¡Lástima que no te hayas quedado en mujer, mujer, que es lo tuyo! Mezclarse con saboteadores y cobardes nunca es rentable. ¡Adiós, monada!

Me quedo solo en el cuarto.

Perplejo.

Por muchas cosas.

Pienso con rapidez vertiginosa.

Enlazo ideas, una y otra vez. Llego siempre al mismo final desconcertante, absurdo, imposible.

No. Hay un fallo en mis razonamientos.

Si fueran ciertos pisotearía lo que más amo: mi carnet de federal. La mentira, el engaño, son concebibles entre los seres a quienes persigo, los fuera de la Ley. Nunca entre los que juraron un día Fidelidad, Bravura e Integridad.

Acabaré volviéndome loco o...

Rectifico sin terminar la frase. Tonto, no. El hijo de mi madre nunca será un tonto.

Busco el *whisky* que la angelical Eva me sugiriera, y bebo dos largos tragos, sin molestarme en ensuciar un vaso.

Pasan los minutos. En el que hace catorce desde que Vincent Lubbok se marchó, suena el teléfono. Descuelgo el micro y oigo:

—¿Robert?

—Soy yo.

—Ven a Chinatown, a una taberna que hay en el doce de Saratoga Street. Entra por el portal. El establecimiento está cerrado.

—¿Tienes ya a mamá contigo?

—Sí.

—¿Y a ese marrajo de Muskie?

Me cuelgan el teléfono. Esta fea costumbre se la enseñé yo a mi jefe en mis ratos de mal carácter, que son muchos.

—Veremos quién es el gato y quién el ratón.

Me sorprende el sonido de mi propia voz.

Me arreo otro latigazo de escocés y abro la puerta del dormitorio.

¿A ustedes les ha caído encima del rostro una pirámide de ésas tan monas que hay en Egipto, a mano derecha conforme se va hacia el desierto? ¿Les pisó el dedo gordo de un pie un elefante? ¿Les atropelló de frente una locomotora golpeándoles en la nariz con el parachoques delantero? ¿No? ¡Qué lástima! ¡Sólo de haberles sucedido lo que apunto y algunas cosas más gordas podrían comprenderme!

El impacto en el rostro es temible.

Retrocedo, sorprendido, incapaz de reaccionar, preguntándome qué legión de demonios colorados me ataca, y encajo un puntapié

en el vientre. Si no caigo al suelo como un guiñapo es porque con mis maravillosos reflejos hurté en parte el golpe, no del todo.

Estoy medio mareado, al borde del «K. O.». Me sostiene en pie esa terquedad, ése no darme nunca por vencido que según mi criterio es la clave de mis éxitos y según Lubbok me llevará a la tumba.

Tengo a dos fulanos frente a mí. Mueven los brazos como aspas de molino, y encuentran mi mandíbula varias veces antes de que me tire al suelo, rueda como un trompo y ponga entre mis enemigos y yo el diván del tresillo.

Me incorporo como un tigre rabioso. Veo que mis adversarios se han dividido y van en mi busca a derecha e izquierda, y salto sobre el respaldo, dejándolos frustrados.

Por unos segundos. Vuelven a lanzarse sobre mi cándida persona.

Esquivo, retrocedo, encajo unos cuantos golpes más, me escurro como una anguila...

¡Gano tiempo!

Mis atacantes comprenden y no me dan tregua.

Les veo ya con claridad, mientras pongo muebles entre ellos y yo. Son tipos duros, hechos a la pelea, gentes de acción.

Pese a que he reaccionado sigo encontrándome disminuido de facultades. El golpe que recibí en el mentón al abrir la puerta hubiera derribado a un búfalo. A mí no, desde luego. No en balde soy único, extraordinario, como dijo mi dulce Eva.

Procuro acompasar la respiración, y de pronto, de una retirada continua paso al ataque.

Mi puño derecho se hunde como una maza en el estómago del que tengo más cerca.

¿Habrán salido mis nudillos por su espalda? No tengo tiempo para contestarme a la pregunta.

Se inclina delante de mí mientras ruge de dolor. Le grito:

—¡No me gustan las reverencias, gusano!

Levanto la rodilla y hago un impacto rotundo en su mandíbula. Suena un ruido de huesos y se desploma.

Uno menos.

Salto hacia atrás.

El aire de un izquierdazo me acaricia la sien derecha. De

alcanzarme, estaría contando nubes. Vuelvo a retroceder.

Mi enemigo se ha parado. Me contempla con fiereza. Yo le digo, burlón y tal:

—¡Al fin solos, sapo!

Crispa los dientes. Me mira con encono. No me responde.

Comprende que ya no es suya la iniciativa, y que no debe descuidarse. Sé que me tiene respeto.

Permanezco inmóvil. El tiempo juega a mi favor. Necesito serenarme, que se aclaren las pocas brumas que aún restan en mi cerebro. Lanzo una rapidísima ojeada al que yace inmóvil, como un guiñapo.

—Así estarás tú dentro de unos segundos.

—Veremos.

Su «veremos» es ronco.

Me sorprende con una finta de «karate». De haberme alcanzado en el hombro me lo habría descoyuntado.

Me lanzo sobre él. La media distancia puede serme fatal.

Un

«uno-dos»

le acaricia el rostro. Se tambalea.

Ahora han cambiado las tornas. Es él quien huye, no sólo porque me tema, sino en busca de la distancia necesaria que le permita acabar conmigo con la mano de canto.

Un golpe de «karate» dado por un experto puede matar a un hombre. Lo sé y no me descuido.

Provoco un cuerpo a cuerpo.

Su rodilla me busca el vientre, encontrándomelo. Me pego más, dominando el dolor, y mis puños son dos martillos pilones sobre su estómago y su hígado.

Se aparta rápido, con la boca abierta, sin duda falto de respiración por el bárbaro castigo que acaba de encajar. Se la cierro, ensangrentándosela.

Sé que mis nudillos se han despellejado, pero soy feliz al verle escupir dos huesos, entre espuma sanguinolenta.

Ya es mío.

Le alcanzo en la nariz, produciéndole una hemorragia intensa, y antes de que pueda separarse mis puños le abren las cejas.

Pronto, la habitación parece un matadero. Mi antagonista

chorrea sangre como lo que es, un auténtico cerdo, mientras se defiende con golpes de «karate» que sólo encuentran el vacío.

Es peligroso acercársele.

—¡Sangra, marrano! —Le piropeo con mis mejores modales.

Le digo otras cosas, que no repito porque soy un tipo pudoroso, mientras le acecho en busca de un descuido, que no tarda en producirse.

Medio ciego, al borde de la inconsciencia, deja de mover sus brazos unos segundos y...

Una apisonadora le tritura.

Aguanta.

Cae de rodillas.

Intenta levantarse. Encaja golpes de todas las clases.

¡Tiene agallas!

Un punterazo, gol magnífico de Robert Baker, el genial, el invencible, le derriba.

Tardará en despertarse.

Quedo inquieto, jadeante, diciéndome que soy un hombre de suerte. Nunca pensé vencer en la lucha, aunque puse en ella todo mi coraje, todo mi amor propio, mi ira, que son cosas muy serias en la vida de un fulano, por muy federal que sea.

Me sosiego.

El frasco de *whisky* me devuelve un ritmo cardíaco pasable. Mis pulsos dejan de ser latigazos en las sienas.

Me inclino sobre mis atacantes.

Salvo un puñado de billetes, tabaco y fósforos, nada más llevan encima. Ni llaves de un automóvil o de un piso.

Voy al teléfono y empiezo a marcar el número de la Delegación en San Francisco del

F. B. I.

Suena el timbre al otro lado del hilo. Oigo una voz agria:

—Aquí Oficina Federal de Investi...

No escucho más. Cuelgo.

Estuve a punto de comportarme como un imbécil. Son demasiadas coincidencias para que mis anteriores y disparatadas ideas no se confirmen.

Sin embargo, por si me equivoco, no puedo dejar a estos angelitos a su aire.

Busco en la guía, que muy enfundada en terciopelo malva hay junto al aparato telefónico, y encuentro el número del distrito más próximo de la Metropolitana.

Sonríó al acordarme de un reciente amigo.

—¿Sargento Aldrin? Es urgente.

Espero. Una voz familiar inquiere:

—¿Quién llama?

La pregunta me araña el oído. A ese prójimo debieron de destetarle con aguardiente.

—Soy yo, el enemigo público número cero, alias Robert Baker. ¿Qué tal se encuentra tu abuelita?

La réplica es de antología. Le dejo que se desahogue, le digo algo cariñoso de su estirpe y voy al grano:

—En la habitación de Eva hay dos pájaros a los que les arranqué las plumas. Ven por ellos. Más tarde iré a interrogarlos a tu despacho. Tráete contigo a Neil Richardson, porque tú no eres hombre para entendértelas con estos fulanos aunque estén desmayados. ¡Necesitas de una niñera asusta niños! «¡Chao!».

Mí «chao» y colgar el audífono impiden que escuche una serie de frases que hubieran ensuciado por toda la eternidad mis limpios oídos de querube.

Me arreo otro trago de la botella, enciendo un cigarrillo, acaricio la culata de mi 38 enternecedoramente, y abandono el cuarto.

Los sabuesos de la Metropolitana no tardarán en presentarse.

Llego al vestíbulo.

¿Habrà abajo más miembros del comité de recepción que encabezaron los dos angelitos negros que duermen arriba?

Parece que no.

Ya en la calle advierto que soy un peatón, una especie rara en el país del dólar.

Mi inefable y nunca lo bastante bien ponderado Vincent Lubbok no dio la orden para que me enviarían un automóvil al aeropuerto. ¡Le pagaré pronto sus desvelos!

—¿Taxi, señor? —me pregunta el portero.

No le respondo. No me gusta perder el tiempo. Salto a la calle y paro un vehículo de alquiler.

Entro en él con un ímpetu que sorprende al chófer, al que ordeno:

—Al doce de Saratoga... Bueno. Déjeme al comienzo de la calle.
Me mira, inquieto, por el espejo retrovisor. Debo tener alguna moradura en el rostro.

Aplasto el cigarrillo en un cenicero y enciendo otro, aspirando el humo con avidez.

Conforme más ordeno mis ideas, menos me gustan.

¡Quisiera rabiosamente equivocarme!

Me abstraigo de todo. Sólo al penetrar en Chinatown me rehago. Deberé tener mucha calma en el futuro.

¿Podré?

—Llegamos, señor.

Pago el importe de la carrera y miro en derredor.

Nada sorprendente ni sorpresivo.

Chinatown conserva su habitual y encanallada fisonomía.

Vendedores ambulantes, mujeres fáciles en busca de incautos, gentes de la peor ralea y condición.

Me es habitual el espectáculo.

En todas las grandes ciudades, como concentraciones de individuos de similar origen o como suburbios se encuentra algo parecido a lo que veo.

En Nueva York es Harlem, en Washington, el cinturón negro que asfixia la ciudad, en Filadelfia, el barrio latino...

¡A qué seguir!

El taxista, a quien no le agrada permanecer en la zona, se ha apresurado a largarse, sin hacer caso de una pareja de melenudos que quisieron ocupar el vehículo.

Veo a un individuo tirado en un rincón, inconsciente, con un inconfundible olor a opio, y a algunas mujerucas que perdieron hace siglos su juventud, intermediarias, sin duda, en la venta de alcaloides, LSD principalmente, verdadera plaga de la juventud americana.

No me pregunto por qué las autoridades toleran cosas así. Lo sé.

De vez en vez se hacen redadas, pero no es a estos desgraciados a quienes interesa apresar, sino a los que les dirigen y les pagan, a los que desde lujosas residencias o desde despachos con un «camouflage» comercial controlan la industria del vicio en los Estados Unidos... y en los demás países, que las habas negras se cuecen en todas partes.

De estos seres degenerados, la Policía obtiene sus mejores informaciones. Los confidentes se cuentan por docenas. Sin ellos no pocos crímenes quedarían impunes.

Por último hay quienes consideran, puritanamente, que son precisos los vertederos para que las zonas céntricas conserven limpieza en todos los órdenes.

Yo, Robert Baker, de vuelta de muchas cosas, prendería fuego a esta cochambre, limpiaría de carroña las ciudades. Empezando siempre, como es natural, por los peces gordos, a veces intocables desde sus altas posiciones sociales o financieras, por increíble que parezca.

Camino unos metros, deteniéndome.

El número 12 se halla al alcance de mi mano. Estoy en el 4, un teatrillo chino de cuyo interior surge una música pegadiza, insistente. El 6 y el 8, que domino, son casas de huéspedes. Aquí no se piden más papeles de identificación que los que edita el «Tío Sam» en su fábrica de moneda.

Miro las techumbres y descarto mi propósito inicial de llegar a mi destino a través de ellas. Son de tan desigual altura que me sería imposible salvar los desniveles sin estrellarme.

Los planes urbanísticos se detuvieron en las afueras de Chinatown. Bueno. Muchas cosas se detuvieron también, entre otras el honor, la decencia, la integridad.

Cruzo de acera y me sitúo en diagonal con mi objetivo.

En efecto, como me dijera el repugnante Vincent Lubbok, mi jefe directo, hay una taberna, un semisótano. Está cerrada. Dos tablas en cruz obstruyen la puerta de cristales en la que varios vidrios están rotos.

¿Una pelea entre hampones y clausura por la Metropolitana?
¡Qué me importa!

El portal es estrecho, lóbrego.

¿Qué me espera en su interior?

¿El asco, la tristeza?

¿Y si mis ideas fueran erróneas y me aguardase la muerte?

Preferiría la segunda posibilidad.

Contra la muerte estoy acostumbrado a luchar. No contra las traiciones de los que estimo.

Vigilo.

Estoy al final del camino. No quiero que una precipitación lo eche todo a rodar.

Enciendo un cigarro, el último del paquete, que arrojo a una alcantarilla.

Me concederé la tregua de unos minutos antes de lanzarme a la acción, antes de encarar una realidad presentida y temida.

Un «él» y un «ella», amorosamente, suciamente mejor, enlazados, pasan frente a mí y penetran en una de las casas de huéspedes. Aquí se rinde culto al instinto.

¡Buen sitio de cita dado por Vincent Lubbok!

La casa del número 12 de Saratoga parecería deshabitada a no ser por las luces que surgen a través de dos ventanas del tercero y último piso.

Allí están esperándome.

Rectifico en el acto.

No. No me esperan. Para impedir que acudiese me enviaron los dos gorilas a la habitación de Eva.

Me quieren todavía fuera de la circulación.

¿Por qué?

Eso es lo que debo averiguar.

Y ahora mismo.

Pese a mis deseos, me quedo inmóvil. Consumiré el cigarrillo primero. Después...

Recuerdo mis peores aventuras de federal, mis duros interrogatorios a los indeseables que cayeron en mis manos, mis grandes penas y mis grandes gozos.

Todo va a acabarse.

¡«Misión Cangrejo»! ¡Bien puesto el título! Desde el principio se ha tratado de retroceder y no de avanzar.

Arrojo la punta del cigarrillo.

Ya no tengo más pretextos.

Cruzo, despacio, mirando a derecha e izquierda, y me paro junto al portal.

En el interior es tan absoluta la oscuridad que no se vería a un negro pintado de blanco a medio metro.

De la relojera saco una diminuta linterna y oprimó el interruptor.

Veó unos desgastados escalones de madera y me dirijo a ellos.

Apenas piso el primero, se enciende la luz y dos fulanos se perfilan en lo alto del rellano.

Tienen idéntica tipología que los que me atacaron en el hotel.

No esgrimen armas de fuego, sino porras.

Desenfundo mi 38. No correré el menor riesgo. Si me obligan dispararé a las piernas, más para asustar que para herir. Aunque el juego es sucio, yo no quiero mancharme también de lodo.

Atento con los de arriba, escucho tarde un roce a mi derecha.

Una matraca me pega en la muñeca y el 38 cae al suelo.

Giro con rapidez a tiempo de ver cómo de detrás de las hojas de madera del portal surgen otros dos fulanos, cortándome la retirada. Uno de ellos me desarmó.

También llevan porras.

Se trata de hacer chichones, no de que corra la sangre.

Por desgracia, me confirmo más en mi teoría.

No puedo retroceder. Sólo avanzar subiendo unos escalones hasta que los que se mostraron primero se me lancen.

Guardo la linterna, calmoso.

—Vosotros ganáis —digo.

—Levanta las manos y comienza a acercarte. ¡No intentes ninguna jugarreta, o te partiremos los huesos!

Lo harán. Son cuatro contra uno, y a mí me falta moral de combate.

¿Voy a entregarme como un pichón, sin hacerles pagar cara la captura?

Sonríó. De una forma que Vincent Lubbok califica de hiena sedienta de carroña.

Subo tres escalones. Miro de reojo a mi espalda. Uno de los angelitos que van a cazarme está a tiro, y me vuelvo con rapidez. La punta de mi zapato lleva dinamita. Le estalla en la cara.

—¡Maldito...!

No puede terminar. Cae al suelo y se retuerce mientras su acompañante, en vez de arrojarlo sobre mí, como esperaba, retrocede y cierra las dos hojas de madera.

La encerrona es perfecta.

Tres contra uno.

Me divertiré a mi aire. Es bueno hacer ejercicio. Intentaré desconcertarles.

—Sé quiénes sois y quién os manda. ¡Cantad la gallina, llevadme a presencia de vuestro jefe y me conduciré como un manso cordero!

Los que tengo frente a mí se miran. Por la forma como fruncen los labios sé que no me equivoco. Vuelvo a hablarles, con mis mejores modales:

—No valéis para descalzarnos a los del

F. B. I.

En el hotel dejé a dos compañeros vuestros para el arrastre, convertidos en piltrafas. Es posible que ahora me cacéis, pero os prometo, marranos, que voy a partirle a uno, no sé a cuál, un brazo para tenerle cuarenta días y cuarenta noches con un yeso. A otro le dejaré dolorido el cuerpo para una semana, y el tercero no escapará bien, todo esto en el caso de que no os vapulee, que cae dentro de lo probable. Por lo pronto, uno tiene ya bastante con cuidarse su mandíbula —me vuelvo al que me contempla con odio desde el suelo, incapaz de ponerse en pie—. ¿Te duelen las quijadas, valentón? No es más que el principio. Seamos sensatos, muchachos.

La respuesta tarda unos segundos en producirse. No me sorprende. Cumplen órdenes.

—Vamos por él. Los

«G-men»

se creen superiores a todos. No vendrá mal suavizarle un poco.

Me estremezco.

El que recibió la patada en la cara ha conseguido ya incorporarse. Lo pensará antes de acercárseme, pero si es preciso lo hará. No me enfrento ni a novatos ni a cobardes.

En la estrechez del peldaño tengo poco que hacer. Cualquier golpe me derribará, y me falta campo de acción.

En retaguardia las fuerzas están más iguales, y salto sobre ellos, de forma increíble.

Aferró un brazo en el aire y le presiono con salvaje violencia hasta que suena un crujido escalofriante. Acabo de partir un hueso, según prometí.

Tuve que emplearme a fondo en un solo hombre, y los demás se me echan encima.

Los del rellano superior de la escalera tuvieron tiempo de llegar hasta mi encantadora persona.

Una porra me cruza los riñones, otra me inmoviliza el hombro

izquierdo. La tercera me golpea en el costado.

Eluden pegarme en el rostro. ¡Les aleccionaron bien!

Sólo tengo útil la mano derecha, pero me sirve para apoderarme de la porra del que, con el brazo partido, gime en uno de los rincones y se la hundo entre los dientes al más próximo.

Soy una fiera acorralada.

La ira me ciega al convencerme de que van a dejarme inconsciente de un momento a otro.

Giro el brazo y encuentro un nuevo objetivo en la oreja de uno de mis antagonistas.

Es mi último golpe.

Una montaña cae sobre mi nuca, y el suelo asciende hacia mí...

VI

BRACEO en un mar de nubes, sin conseguir salvarlas. Las brumas me envuelven por todas partes, y me falta la respiración.

Me golpeo con una montaña en la nuca y noto un dolor agudo, lacerante.

Quiero extender un brazo para eludir un nuevo contacto, pero millones de agujas me perforan el hombro, impidiéndomelo.

Me debato como un poseso. ¿Minutos? ¿Horas? ¿Siglos?

Lentamente, las nubes se aclaran, y un aire fresco, cargado de humedad, me azota el rostro.

La cabeza y el brazo me duelen menos, y las losas de plomo que había sobre mis ojos empiezan a no pesarme.

Abro los párpados.

De una rápida ojeada advierto que estoy en una especie de sótano. Una bodega, a juzgar por las cubas y las cajas de botellas que se apilan al fondo.

Estoy tendido sobre una manta. ¡Con qué ternura me tratan!

Inspiro el aire profundamente. Lleno una y otra vez de oxígeno mis pulmones y recobro casi por completo la vitalidad.

Digo «casi» porque aún me molesta la nuca.

Recuerdo lo ocurrido. Me conforta oír en mi cerebro el chasquido de un hueso y el gesto de incontenible dolor del que encajó en su boca la porra de goma.

¡Siempre fui hombre de palabra! Me hubiera disgustado defraudar a mis ocasionales enemigos.

Miro mi reloj. Marca las once.

¿De la mañana o de la noche?

De la noche.

Por un estrecho ventanillo con rejas, situado junto al techo,

penetra una leve claridad que identifico como la de un farol próximo.

Tengo la certeza de que estoy en una de las cuevas del 12 de Saratoga Street.

Me incorporo, hago unas flexiones, vuelvo a ser el que era.

Advierto en uno de los laterales una bandeja. Hay en ella unos emparedados y dos botellas de zumo de naranja.

No tengo apetito. Sed, inagotable. Y no de zumos naturales, precisamente.

Busco entre las botellas hasta que encuentro la sección dedicada al *whisky*.

Abro una y bebo con largueza. El alcohol termina de tonificarme.

Sé que dentro de unas horas, no sé cuántas, abrirán esa puerta, o para traerme más comida, si la hora esperada no llegó, o para conducirme a presencia de...

Una consoladora idea me asalta.

Sí.

No me será difícil conseguirlo.

No estoy en manos de «gangsters», sino de... La posibilidad de demostrar a todos que soy el no va más en federales me consuela haciéndome olvidarme de las náuseas.

Bebo más.

Por fortuna no tengo cigarrillos. Los acabé en la calle. Tal vez no hubiera resistido la tentación de fumar uno, y yo deseo que nada me delate. Ni el humo.

Me tiendo de nuevo, poniendo la botella de *whisky* debajo de la manta.

Apenas lo he hecho, oigo pasos en el exterior. ¿Vienen a decirme que se terminó la juerga o a enterarse de si estoy consciente?

Se convencerán de que sigo sin sentido.

Adopto la misma posición que tenía y entorno los ojos.

Desde mi postura veo cómo la puerta se abre y las piernas de dos hombres, que se me acercan. Oigo sus palabras.

—Continúa desmayado. Temo que le pegamos demasiado fuerte.

—¿Fuerte? —exclama una voz bronca—. ¡Debimos destrozarle!

—No hizo sino defenderse. Habrá que llamar o un médico.

—Voy a examinarle.

Tengo los tendones tensos, como cuerdas de ballesta.

Sigo inmóvil mientras unos dedos se posan en mis sienes. Sé que el otro se ha encorvado también porque una tercera mano me busca el pulso en la muñeca izquierda.

Actúo como un rayo.

Mis brazos se alzan, agarro las cabezas y las hago chocar entre sí.

Repito antes de que puedan reaccionar, y me incorporo.

Los dos hombres están sin sentido.

Les miro, con extraña expresión, y salgo del sótano, cerrando a mi espalda con la gruesa llave que hay en la cerradura, que me guardo en el bolsillo.

Ya que toda esta aventura es tan asquerosa, me daré la satisfacción de ser yo quien lo descubra todo, a lo bravo, antes de que nadie empiece con paños calientes.

Llego hasta la taberna. Desde allí salgo al portal, y por la misma escalera que no me dejaron subir, asciendo despacio, hasta el tercer piso.

No hay centinelas en parte alguna. ¿Para qué?

En un largo pasillo de la tercera planta se alinean varias puertas. Por debajo de una de ellas se filtra un rayo de luz.

¡Ése es mi objetivo!

Me acerco despacio, arrimo la oreja a la cerradura y escucho. Oigo voces de personas que dialogan y que me son muy familiares. No lo pienso más.

Llevo la diestra al pestillo y lo abro con brusquedad, entrando en el cuarto.

Una mujer, al fondo, sentada en una butaca no muy limpia, lanza un grito de alegría y se pone en pie. Junto a ella, un hombre, que estaba acomodado en una silla, se incorpora, con el asombro reflejado en el rostro.

No es menor la sorpresa de los cuatro fulanos, en el peor sentido de la palabra, que juegan a los naipes en torno a una mesa.

Todos me miran en silencio. Soy el primero en hablar:

—¡Quieta, mamá! Tendrás que explicarme algunas cosas, aunque supongo que te obligaron a hacerlo. ¿Qué tal mi lindo saboteador y padrastro, Jorge Muskie? ¡Hola, comisario! ¿Le está desplumando ese buitre de Douglas Stevenson, capitán del Servicio

Secreto de la Marina, con aspecto de vendedor de gomas para los paraguas y hombre de confianza del idiota del almirante Merrivall? ¡No se intimide, jefe! ¡Juegue sucio! Es lo suyo. Petermann y Trintignant le ayudarán. ¡Ah, capitán! Tome la llave —se la arrojó a los pies—. Dejé sin conocimiento, encerrados en el sótano, a los que fueron a interesarse por mi salud. ¿Iban a subirme para que me contaran entre todos la «historia de la buena pipa»?

—No —responde Vincent Lubbok—. Todavía no era tiempo.

—El tiempo lo marco yo, ¡federal! Tome la palabra como si le hubiera llamado rata asquerosa.

—¡Robert!

—Ése es mi nombre. Ahórrense las explicaciones. Hace ya muchas horas que lo supuse todo, pero sin dar crédito a mi imaginación. Tuve la absoluta certeza al recibir la visita de los dos gorilas en el hotel. Acláreme una única duda. ¿Cómo supo que me escapé de esos tipos, comisario?

—El sargento Aldrin llamó por teléfono a la Delegación del F. B. I., para consultarme. Los dos hombres que le mandaste a detener aseguraban que eran...

—Miembros del Servicio Secreto de la Marina. ¿No es cierto? Se hace el silencio.

Me appena no abrazar con fuerza a mamá, que permanece inmóvil y me contempla feliz y orgullosa.

Lubbok es el primero en hablar. Hay encono en su voz y no el tono de disculpa que esperaba:

—¿Sabiendo quiénes eran los que te atacaban le partiste a uno un hombro?

—¡Sí! —respondo con fiereza—. Les propuse un pacto y no lo aceptaron. No tuve yo la culpa, sino ellos. Me divertía dar una nueva lección a los sabuesos del vendedor de gomas para los paraguas.

Señalo a Douglas Stevenson, quien no sonríe.

¿Van a ponerse ellos la venda? ¿Será posible tanto cinismo?

Continúo en pie, como un fiscal, Petermann va a decir algo, pero le ordeno:

—¡Calla! Vamos por partes. Hubo cosas sorprendidas en la reunión de Washington, presidida por el almirante Wallace

Merrivall, que Dios confunda. Tú estabas muy divertido, comisario. Por otra parte se me encomendaba algo terriblemente difícil y en circunstancias extremas. ¿Por qué no se acudió antes al

F. B. I.?

Supongo que se hizo, pero se demoró con la entrega de expedientes para su examen y otras lindezas. ¿Fue así?

—En efecto —responde Lubbok, ya más tranquilo.

—Estaba todo preparado para que al almirante se le comunicara el sabotaje y hacerme comprender que había pocas posibilidades. No contaban con mi moral. En el avión, los que quisieron desviar la ruta eran también agentes suyos, capitán.

—Sí —es la seca réplica de Douglas Stevenson.

—De conseguir llevarnos a Cuba, que tal era el propósito, nada se podría hacer en la base de San Francisco. Fue la segunda intentona de quitarme de en medio. La primera, Eva, con sus encantos, ofreciéndoseme tentadora en el aeropuerto. Hodgkin y Jimmy, ¿estuvisteis en el secreto desde el principio?

—Sí —se apresura a contestarme Petermann—. No me gustó la...

—Sobran ahora las explicaciones. El único que tiene el uso de la palabra soy yo. Os quedasteis quietos en el avión, dejando que los secuestradores actuaran a placer pese a que os di oportunidades para actuar. El capitán del aparato estropeó el complot. Yo lo hubiera conseguido de cualquier forma. Me valgo bien sin necesidad de gusanos guardaespaldas. En el aeropuerto no había un coche. ¿Se trataba de ponerme chinitas en el camino, de que aceptara la oferta de Eva para que me enredara entre sus puntillas? ¡Claro que sí! Ella me quitó el carnet del

F. B. I.,

y cualquiera de vosotros envió mi retrato al sargento Aldrin para que fuese a detenerme. Usted, Douglas, fue al hotel a destiempo, en la certeza de que ya estaría en la Metropolitana. No tuvo más remedio que aseverar mis palabras, identificándose. Hubo de explicar la razón de la falta de contacto y dijo que alguien haciéndose pasar por mí le llamó a su oficina. Todo falsito, ¿verdad?

No me contesta. No es necesario.

—En los sabotajes había cosas raras. No se atacaba a los aviones,

piezas vitales en el transporte, porque eran muy valiosos, y sí a los talleres, con horarios absurdos que dejaban las naves sin gente mientras el personal comía, perdiéndose un tiempo valioso. ¿Todo preparado? Interesaba que no hubiese ni una sola víctima. Eva se mostró muy tranquila cuando la amenacé en su habitación del hotel. Ella pertenece también a su Servicio, ¿no es así, capitán?

—Es una de mis mejores agentes.

—Disparé contra Jorge Muskie, mi adorado padrastro, e inexplicablemente no hice blanco. Alguien, ahora sé que Eva, sustituyó mis cartuchos de bala por unos de fogueo. Lo comprobé a su tiempo. Por último, comisario, y para no seguir con mi interminable relación de los errores que cometisteis, al darte cuenta de que estaba decidido a llegar hasta el final aun después de que todo había fracasado, me pediste que esperara quince minutos, el tiempo necesario para que los matones me encerraran. ¡No os perdono que mezclarais a mamá para presionarme más!

—Tuve que hacerlo —se disculpa Lubbok—. ¡Eres el mejor hombre del Departamento! Wallace Merrivall te eligió, y te consideraba capaz de que la operación prevista para un fracaso se convirtiera en un éxito. Tu padrastro, viejo amigo y antiguo inspector del

F. B. I.,

de donde pidió el retiro para ocuparse de los negocios de su familia, no supo negarse. Yo puse el telegrama de acuerdo con él. Colaboró hasta en un sabotaje penetrando en la base en calidad de falso jefe de Compras. No necesito decirte que a tu madre le dijimos la verdad para tranquilizarla en el sentido de que no corrías ningún peligro.

Douglas Stevenson, apenas acaba de hablar el comisario, hace, a su vez, uso de la palabra:

—No necesito decirle que di a mis hombres órdenes severas de que respetaran su integridad física. Por eso pudo dominarles.

—¿Sí? —contesto, peligrosamente burlón—. ¡Son unos mequetrefes! Retire esa orden y mándemelos en parejas, empezando por usted. ¡Ninguno sirve para descalzarme! Mañana te enviaré mi renuncia, Lubbok. ¡Pudiste advertírmelo desde el principio!

—Queríamos que te empleases a fondo, para confiar al almirante.

—Sí. El otro engañado. Lo supuse. ¡Él es un caballero!

Una voz familiar a mi espalda me hace volverme.

—Celebro el buen juicio que tiene de mí.

Wallace Merrivall acaba de entrar.

—Gracias. Lamento no disponer de mi carnet para arrojártelo a la cara, comisario.

—Lo tienes —me contesta mi jefe—. Dentro hay un oficio en el que se te asciende a inspector. Lo puse personalmente mientras estabas desmayado.

Saco mi credencial. La sopeso y la tiro al suelo.

Vincent Lubbok estalla:

—¡No seas imbécil, Robert! ¡Sé que el

F. B. I.,

es la razón de tu vida! ¡Coge ese carnet!

—¡No!

—Cójalo, joven. Yo fui a ver al secretario de Defensa para confiarle mi fracaso. Entonces, de sus labios supe la verdad. Preparaba mis baterías, y me desarmó hablándome de razones de Estado. Los políticos se mueven en un ámbito de promesas. Los militares teníamos que ser incapaces para cumplirlas. ¡Cosas de la situación internacional! Me han ascendido, como a usted, ofreciéndome uno de los mejores puestos, en la Marina. Me someto. ¡Qué remedio me queda! No sabría vivir fuera del Ejército. Me alejaban de la Base a cada momento para que no pudiera vigilarla ni intervenir en horarios ni en planes. ¡Qué le vamos a hacer, señor Baker! No sea terco.

—¡Lo soy!

Mamá avanza unos pasos. Se inclina. Toma el carnet y me lo entrega.

—Hijo, comprendo tus sentimientos. Todos cumplisteis órdenes.

El

F. B. I.,

es mi pesadilla. Siempre temo que pueda ocurrirte algo; pero Lubbok tiene razón. Continúa.

Mete la credencial en mi bolsillo y me abraza.

Yo la beso.

Es lo que más quiero en el mundo. Nunca supe negarle nada.

Al separarme de ella brillan mis ojos.

—No dudarás de mi eficacia en un futuro, comisario. ¿A qué

esperaban para sacarme del encierro?

—A la llegada del almirante.

Interviene el aludido:

—Estuve en el hotel y hablé con Eva. La han concedido tres meses de permiso. ¿Y a usted?

—Puede disponer de ellos —sonríe Lubbok.

—Entonces...

Estrecho la mano de Merrivall. Ya no me cae gordo como durante la interminable conferencia en Washington.

Es un tipo humano.

Salgo rápido para no reconciliarme con los demás. Tengo prisa en llegar junto a mi encantadora Eva. Me propongo contarle los lunares y pasar con ella una larga temporada tumbado al sol, sobre la ardiente arena de Miami...

Todo ardiente.

Ignoro que me acecha una nueva aventura. Creo que voy a disfrutar de un permiso, pero un federal es un esclavo de su deber.

Es Eva la que me abre la puerta de su cuarto. Una Eva tentadora, con la serpiente al hombro.

¿Les parece que corramos un tupido velo, queridos lectores?

De acuerdo.

¡Y gracias!

FIN

• JEAN •



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

